

La biblioteca de los libros vacíos

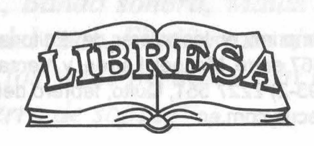
Jordi Sierra i Fabra

Ilustrado por: Eulalia Cornejo

LIBRESA

Jordi Sierra i Fabra

LA BIBLIOTECA DE LOS LIBROS VACÍOS





LA BIBLIOTECA DE LOS LIBROS VACIOS
Jordi Sierra i Fabra
www.sierraifabra.com

LIBRESA
Murgeón Oe3-10 y Ulloa
Telf: (593) 400-6000
E-mail: libresa@libresa.com
www.libresa.com
Quito - Ecuador

Colección: MITAD DEL MUNDO
Ilustraciones: Eulalia Cornejo
Diagramación: Jeannette Pazmiño
Supervisión editorial: Jaime Peña Novoa

Inscripción Nº 15099 del 16-V-2001
ISBN. 978-9978-80-635-7
Depósito legal Nº 1797 del 16-V-2001
Octava reimpresión: 2.000 ejemplares

Este libro se acabó de imprimir en los talleres de "Editorial Ecuador F.B.T. Cía. Ltda.", Santiago 367 entre Manuel Larrea y Versalles, Telfs.: 2528 492 2228 636, Fax: (593-2) 2227 551, Quito, febrero del 2015.
E-mail: editecua@editecua.com.ec

EL AUTOR

Jordi Sierra i Fabra nació en Barcelona, España, en 1947. Es el autor español con obra más abundante, más de 200 títulos, la mayoría novelas y relatos para niños y jóvenes, escritos a lo largo de más de 25 años de profesión. «Escribir es mi pasión —ha dicho—, y mi cabeza es un volcán en constante erupción». En Literatura Infantil y Juvenil, ha ganado casi todos los premios y algunos en más de una ocasión. Ha escrito sobre refugiados, niños esclavos, la extinción de las tribus indígenas, animales en peligro de extinción, transplantes de órganos, la violencia, las drogas, la intolerancia, el racismo, la emigración, el poder de las nuevas tecnologías, los desaparecidos de las dictaduras...

Algunas de sus obras son: *El joven Lennon*, *Los sonidos del silencio*, *Banda sonora*, *Malas tierras*, *Nunca seremos estrellas del rock*, *El niño que vivía en las estrellas*, *La memoria de los seres perdidos*, *Un hombre con un tenedor en una tierra de sopas*.

LA OBRA

La biblioteca de los libros vacíos fue finalista en la segunda edición (correspondiente al año 2001) del Concurso Internacional de Literatura Infantil *Julio C. Coba* organizado por la editorial ecuatoriana LIBRESA, que contó con la participación de 80 trabajos provenientes de Alemania, Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, España, Estados Unidos, Uruguay, Panamá, Paraguay, Perú y Venezuela.

La biblioteca de los libros vacíos es un hermoso alegato por los libros y la lectura. Porque, como dice uno de los personajes de la novela: «Los libros son la verdad, y los sueños, y la realidad, y la fantasía y el conocimiento, y el entretenimiento, y la paz, y la vida. Sí, la vida, porque los libros están vivos, tienen alma, corazón, sentimientos... Cuando un libro no es leído, es como una persona que no vive, que se seca... y muere».

Cuando los libros quedan vacíos por falta de lectores en la biblioteca, los niños y las niñas del pueblo devolverán la esperanza y lograrán que la vida-libros no se seque.

Como en todas sus obras, en ésta, que LIBRESA tiene el privilegio de entregar a sus lectores, Jordi Sierra i Fabra no deja de ser consecuente con su pensamiento: «Hay tres palabras que definen mucho mi Libro de la Vida: honradez, respeto y esperanza».

EL AUTOR HABLA ACERCA DE SÍ MISMO

Nací en algún lugar del Planeta Tierra (casualmente Barcelona, España, un 26 de julio de 1947). Bajo el signo de Leo. Eso es fundamental para entender qué soy y quién soy. Siempre deseé ser escritor, aunque para lograrlo tuviera que dar un gran rodeo por la música. El rock me liberó de todas mis ataduras, le dio alas a mi libertad y el resto fue más sencillo. Publiqué mi primer libro a los 25 años y ahora llevo más de 200. Sigo amando la música, pero ahora la comparto con mi pasión: la literatura, y con mis tres necesidades: viajar, el cine y seguir a ritmo de rock. Soy anticonvencional, francotirador, inclasificable, inetiquetable e individualista, y me gusta. No he hecho otra cosa que escribir y no espero ni cielos ni infiernos por ello. Solo la paz del trabajo bien hecho: libros, comics, canciones, teatro, televisión, radio, cine. Odio los encasillamientos, por eso me desmarco siempre de todo y digo que no soy más que un contador de historias. También milito en algunas ONG. Las palabras que definen mi código ético son: paz, amor, respeto, honradez y esperanza.

EL AUTOR HABLA ACERCA DE LA OBRA

En un pueblo apacible y tranquilo se produce un extraño fenómeno: a los libros de la biblioteca se les caen todas las letras. ¿Por qué? ¿Cuál es el misterio? Un hombre sabio descubre la verdad: incultura. En el pueblo nadie lee.

Pero mientras crece el susto y nadie se explica el insólito acontecimiento, los niños del pueblo van a descubrir algo aún más importante, que va a marcar su futuro para siempre.

Ésta es una obra que nos habla del amor por la literatura, el placer de leer, el cariño que despiertan los libros con sus mil historias, pero que también nos dice que escribir es la más prodigiosa de las fantasías. Nunca habrá libros vacíos mientras existan mentes tan llenas de ilusión como las de sus lectores.

(A)

LAS LETRAS CAÍDAS

1

El hombre se llamaba Tadeo y caminaba con el piloto automático puesto.

Cada noche hacía el camino de regreso a su casa a la misma hora. Cada noche salía tardísimo de su trabajo, en la estación, después de que pasara el último tren, porque Tadeo era el jefe y único empleado de la estación de trenes del pueblo. Cada noche, muerto de sueño, se dejaba llevar rumbo a la paz de su hogar, donde le esperaba su amorosa mujer y sus queridos hijos —tres—, dispuestos a contarle todo lo que habían hecho durante el día. A veces, Tadeo tenía que sujetarse los párpados a la frente con cinta adhesiva, porque a aquella hora estaba hecho polvo. Y es que no solo tenía que despedir el último tren, sino levantarse a las cinco de la mañana para esperar el primero.

Casi nadie bajaba ni subía nunca de la estación del pueblo, pero... un jefe de estación era un jefe de estación. Y Tadeo estaba muy orgulloso de serlo.

O sea, volviendo a lo del piloto automático, que Tadeo ni miraba el suelo, tenía los ojos prácticamente cerrados y se dejaba llevar por el instinto. Lo mismo que un ciego. Habría sido capaz de llegar a su casa sin

abrirlos, porque cada noche hacía los mismos movimientos y daba los mismos pasos por las calles del pueblo, ya desérticas.

Ni un alma.

—¡Que barbaridad! —reflexionaba a veces Tadeo—. Todos pegados a la tele, hipnotizados. ¡Con la preciosidad de noche que hace!

Aquella noche, sin embargo, Tadeo no estaba para mirar la luna o las estrellas. Para empezar, el expreso —que debía llevar ese nombre porque era una cafetera—, le había impedido cenar, porque en lugar de llegar a las nueve y cinco había llegado a las diez y doce. Y para terminar, el rápido de las veintitrés treinta había sido menos rápido de lo que decía su nombre y había pasado a las cero horas y trece minutos. Un asco.

Tadeo arrastraba los pies por las empedradas calles del pueblo.

Menos mal que conocía todas y cada una de aquellas piedras, los huecos, los socavones, los baches.

—¡Uoaaah...! —bostezó con ganas.

Ni cenaría. Ya, para qué. A la cama directamente. ¡Que ganas tenía de meterse en ella! La noche pasada había soñado que en la estación media docena de empleados vendían billetes, se cuidaban de los cambios de agujas, de recibir las llamadas y los avisos de la red, de... Y él de mandamás. Y por si faltara poco, gente, mucha gente, decenas, centenares de pasajeros subiendo y bajando de los trenes, que se sucedían a ritmo ininterrumpido cada hora.

Ojalá volviera a repetir el mismo sueño. Había sido muy excitante.

Tadeo soñaba con una estación así.

Iba a llegar a la placita de San Casiano, un lugar muy bonito y arbolado, con vetustos bancos de piedra, justo al lado de la Plaza Mayor del pueblo, con la que se comunicaba a través de una callejuela estrecha. Levantó la cabeza para ver a la señora Milagros haciendo ejercicio con la ventana abierta. Al otro lado estaría Fulgencio, el hijo de los Corraleda, estudiando. Y más allá, en la esquina, Isidoro ordenando su colección de sellos. No todos veían la tele, aunque...

Siempre lo mismo. Pura rutina. No pasaba nunca nada en el pueblo, ni bueno ni malo. Aquí paz y luego gloria.

Tadeo suspiró.

Entró en la placita de San Casiano. Vivía al otro lado de la Plaza Mayor, así que ya estaba cerca. Ni siquiera miró a su derecha, en dirección a la oscura biblioteca municipal. Por allí apenas si había luz. La atravesó por el mismo centro y fue entonces cuando, de pronto, su pie pisó algo.

Estuvo a punto de resbalar.

—¿Pero qué...? —rezongó Tadeo.

Bajó los ojos al suelo sin ver nada.

Levantó su pie para mirarse la suela del zapato.

Y la encontró allí, pegada, diminuta aunque brillante.

Una letra.

Para ser más exactos, una «A» mayúscula.

Tadeo abrió unos ojos como platos. No entendía nada. Pisar una letra era lo más extraño y absurdo que jamás hubiese hecho en la vida. ¿Qué estaba haciendo allí una letra, en mitad de la placita de San Casiano? Las letras no se caían como las hojas de los árboles. Las letras formaban parte de los libros y...

Los libros.

Tadeo giró la cabeza a la derecha, en dirección a la biblioteca municipal. Llevaba cerrada un año, justo desde la jubilación de la señorita Virtudes, la bibliotecaria.

Se acercó a ella, con la letra en la mano.

A los tres pasos vio en el suelo una «m» minúscula, y un poco más allá una «z».

Las recogió. Eran de tipografías distintas, pero eran letras al fin y al cabo.

—Esto es la mar de raro —dijo Tadeo en voz alta.

No tenía la llave de la biblioteca, por supuesto, pero se acercó a la puerta igualmente, más y más perplejo. Las letras parecían provenir de allí. Justo en los tres escalones vio media docena más. Ya ni las recogió, aunque una era enorme, dorada, y de carácter antiguo. Entre el último escalón y la puerta el viento estaba jugando con otro puñado, arremolinándolas. Lo comprendió al momento.

Por debajo de la puerta de la biblioteca asomaban más puñados de letras, decenas, quizás centenas, millares.

Letras y más letras.

Tadeo nunca había visto nada igual.

Por ese motivo, asustado, con el sueño y la pereza hurtados de su ánimo, echó a correr como alma que lleva el diablo hacia la casa de Benjamín, que además de su amigo era el alcalde del pueblo.

Aquello necesitaba la presencia de la máxima autoridad.

2

Benjamín Eulate estaba viendo por televisión un partido de fútbol entre un equipo húngaro y otro búlgaro. Ni le iba ni le venía nada en el embite, simplemente estaba como quien dice espatarrado en la mejor butaca de su casa —la suya, por real decreto—, pasando el rato. Ver partidos de fútbol era lo que más le gustaba, sobre todo después de una dura jornada laboral peleándose con todo el mundo, que para algo era el alcalde. Y lo de las peleas no era broma. Con los de la capital haciendo oídos sordos a todo, y él pidiendo cosas, mejores accesos por carretera, más dinero para arreglar la iglesia, y el puente visigodo, y las ruinas del acueducto, y.... Y con los del pueblo, porque cada vecino quería algo, el asfaltado de una calle o la mejora en el servicio de luz o...

Si no fuera porque le encantaba ser alcalde, otro gallo cantaría.

Aunque a veces las obligaciones del cargo eran muchas, y muy molestas.

Por eso al entrar su mujer, Leocadia, en la sala, justo cuando los húngaros iban a tirar un penalty, bastó con verle la cara para saber que algo pasaba.

—Benjamín, que está aquí Tadeo y dice que salgas que es muy importante.

—¿Tadeo? —miró de reojo el televisor para no perderse el lanzamiento de la máxima pena. Un jugador de nombre imposible, que se escribía con muchas ces, zetas, y griegas y kas, con acentos por todas partes, iba a disparar—. ¿Que quiere a estas horas?

—No sé, pero parece preocupado.

El húngaro lanzó el penalty. El portero búlgaro se lo paró con una ágil palomita, así que seguían empatados a dos.

—No me extraña —refunfuñó viendo cómo el jugador húngaro se desesperaba—. Llamándose como se llama, bastantes problemas debe tener ya el pobre. Con lo fácil que es llamarse García o Fernández o Pérez.

Se levantó.

Su esposa le vio pasar por su lado con la cara que solía poner cuando iba a sostener un agrio debate con la oposición. Cara de resignación y sufrimiento. Ella sabía lo mucho que su marido trabajaba por el pueblo, y no todo el mundo se lo agradecía lo bastante. Había mucho ingrato suelto.

Tadeo estaba en la puerta de entrada, mirando el jardincito lleno de flores de colores —la máxima afición de Leocadia, la esposa del alcalde—. Cuando escuchó el carraspeo a su espalda se volvió y su cara reflejó toda la preocupación que le embargaba.



—¡Benjamín —exclamó—, menos mal que te encuentro!

—¿Donde quieres que esté a estas horas? —le mostró su disgusto el alcalde, y para acentuarlo agregó—: estaba trabajando en lo del río.

—Ha pasado algo —dijo el jefe de estación sin tener en cuenta las últimas palabras del alcalde.

—¿Se ha hundido el acueducto?

El acueducto apenas si tenía ya dos arcos en pie, y no era gran cosa, pero seguía siendo una de sus riquezas populares y tradicionales.

—No, no se trata de eso. Has de venir conmigo.

—¿A dónde?

—A la biblioteca.

—Pero si está cerrada.

—Pues por eso. Mira.

Tadeo abrió su mano derecha delante del dueño de la casa. En la palma aparecieron media docena de letras de distintos tamaños y condiciones literarias.

—¿Y eso qué es? —frunció el ceño Benjamín sin entender nada.

—Letras.

—¡Ya veo que son letras, Tadeo! Pero, ¿qué significan?

—No tengo ni idea de lo que puedan significar, pero estaban en la placita de San Casiano, y en las escaleras de la biblioteca, y asomando por la misma puerta de ella.

Benjamín Eulate tomó una vistosa «W» mayúscula, con dos dedos, pues no era mucho mayor que un grano de arroz.

—Algún crío habrá estado jugando por allí, digo yo.

—Que no, que no es eso.

—¿Y qué quieres que sea entonces?

La voz del locutor de televisión se elevó un poco por encima de lo normal para cantar el tercer gol de uno de los dos equipos. El rumor llegó hasta ellos.

—¿Hay fútbol hoy? —preguntó el jefe de la estación, que se perdía todos los partidos por culpa de su trabajo.

—No sé, ya te he dicho que estaba trabajando. Lo estará viendo mi hija Margarita —mintió con descaro, máxime cuando su hija Margarita, de diez años, pasaba del fútbol olímpicamente.

—Bueno —se impacientó Tadeo—. ¿Vienes o no?

—Mañana...

—Si no vienes tú ahora, me voy a buscar al sargento Morales —amenazó resolutivo su visitante.

El alcalde se resignó. Tadeo era de lo más eficiente. Los trenes podían llegar cuando les diera la gana, pero él... parecía llevar un reloj dentro. Y además le votaba.

—Está bien —se rindió—, pero habrá que ir a la alcaldía por las llaves.

Volvió dentro para quitarse las chanclas de estar por casa y ponerse los zapatos. Echó un vistazo a la tele y maldijo su mala suerte cuando el locutor insistió en lo maravilloso del gran gol marcado por el equipo búlgaro. Luego le dijo a su esposa que el deber le reclamaba y salió muy dignamente de su casa. Tadeo

apretó el paso, así que no pudieron hablar demasiado ni antes de detenerse en la alcaldía ni después de recoger las llaves de la biblioteca. Por lo menos las distancias no eran excesivas, y más en el centro.

—A mí es que me ha dado muy mala espina —habló de nuevo Tadeo al acceder a la placita de San Casiano a través del callejón que la unía con la Plaza Mayor—. Ya verás, ya.

Benjamín empezó a ponerse nervioso. ¿Qué podía haber pasado?

¿Y más en una biblioteca cerrada desde hacía un año, en la que lo más probable fuese que el polvo se hubiese amontonado con generosa profusión?

—¡Mira!, ¿ves?

Había varias letras en las escalinatas.

Las subió y se detuvo en la entrada de la biblioteca.

De tan volátiles, las letras se movían, empujadas, zarandeadas y agitadas por el vientecillo que pasaba justo por allí. Más y más letras salían ahora por debajo de la puerta, como si una mano invisible las tomara del suelo para jugar con ellas, arrancándolas de su reposo y haciéndolas danzar en el aire.

—¿Tú crees que esto es cosa de críos? —le preguntó Tadeo muy serio.

No, no lo era. Estaba claro.

Las letras no estaban recortadas de un papel ni nada parecido. Tampoco eran de un juego infantil.

Benjamín introdujo la llave en la cerradura de la puerta. La hizo girar dos veces. El ruido demostró la falta de grasa y que por aquel hueco no pasaba nada ni

nadie desde esa última vez, un año antes, cuando la señorita Virtudes se marchó.

La puerta no se abrió.

—Ayúdame, va —empujó el alcalde.

Los dos apoyaron sus hombros contra la hoja de madera. La puerta chirrió al girar sobre sus goznes. No era muy pesada, pero algo la obstruía por detrás. Nada más abrirse el hueco, miles de diminutas letras se pusieron a dar vueltas por el aire antes de caer al suelo como si se tratara de una fina lluvia.

—¡Aquí pasa algo gordo, te lo digo yo! —se alarmó aún más Tadeo.

El alcalde empezó a pensar que así era.

Abrieron la puerta lo suficiente para que pudieran entrar ellos. La oscuridad era absoluta, pero el leve resplandor que procedía de sus espaldas les permitía apreciar cómo las letras seguían agitándose en el aire. Había tantas que tuvieron la impresión de meterse en una tormenta de polvo y arena. Sus pies se hundieron por primera vez por entre una montaña, un alud de letras apiladas de cualquier forma en el suelo. Era como si alguien hubiese vaciado allí millones y millones de ellas. Y eran de todos los tamaños, pequeñas y grandes, incluso de colores, aunque la mayoría eran simples letras como las de cualquier libro.

Intentaron penetrar por entre aquella jungla, sus pies se movieron con esfuerzo aunque las letras eran muy livianas. Pero había tantas, tantísimas, que cada paso requería levantar mucho las piernas y los pies para poder avanzar. Una «nevada» ilustrada. De eso se trataba.

Benjamín intentó recordar donde se encontraba el interruptor de la luz.

—¡No te caigas, que de ahí no sales! —le advirtió Tadeo llevándose una mano a la cara para poder respirar sin que se le metieran letras por las fosas nasales o por la boca.

El alcalde tanteó la pared de su izquierda. Las letras llegaban por allí hasta la altura del pecho y tenía que empujarlas. Puras arenas movedizas. La biblioteca era grande y antigua, de las mejores de la Comunidad. Sus paredes eran altas, los muros gruesos. Antes, el lugar había pertenecido a unas monjas de clausura. Debía contener más de veinte mil obras de todos los tiempos, clases y géneros, algunas de ellas tan gruesas que...

Dio con el interruptor.

Y lo accionó.

Se hizo la luz, y en aquel momento, la voz de Tadeo resumió todo lo que incluso Benjamín sentía ante aquel espectáculo único, increíble y extraordinario.

—¡Ahí va!

Millones y millones de letras cubrían todo el suelo de la biblioteca, formando sinuosas montañas, algunas tan altas como dos personas. Un océano ilustrado, estremecedor, quieto salvo en los torbellinos formados en la entrada debido a su presencia, que enterraba la parte inferior de las estanterías y encumbraba de forma sobrecogedora a los libros situados en las alturas.

Hacía mucho frío.

3

La reunión urgente del consistorio los había arrancado a todos de la cama antes de la hora habitual, así que aún tenían sueño pegado a los párpados. El edil encargado de dar la voz y llamar a cada uno de ellos se había dado buena maña en cumplir con el encargo del señor alcalde. A fin de cuentas, él había sido el primero en ser despertado, aún antes de que saliera el sol.

No faltaba nadie en el salón de actos de la alcaldía, aunque ni uno solo de los presentes se reía o hacía bromas. Se preguntaban unos a otros qué pasaba, y como nadie tenía la menor respuesta, los interrogantes crecían tanto como las especulaciones. Los agoreros hablaban de desgracias, y los optimistas de cosas más alegres.

—Para algo malo no te sacan de la cama, digo yo. Si ya ha sucedido...

—Pues a mí nunca me han levantado para decirme que me había tocado la lotería, así que ya me dirás.

Para cuando entró Benjamín Eulate, ya no cabía una aguja en el salón. Además de los concejales, infinidad de vecinos del pueblo estaban allí con el ceño fruncido y la mosca detrás de la oreja por la súbita llamada de arrebato. Como también se encontraban presentes el director de la escuela y la mitad de los profe-

sores, el colegio estaba cerrado y algunas decenas de estudiantes se asomaban a las ventanas exteriores revestidos de la misma expectación que sus mayores.

Una novedad en el pueblo era algo que animaría sus vidas.

El alcalde los barrió a todos con la mirada nada más entrar, y en medio del grave silencio que lo acompañó, abordó el tema que los había convocado sin el menor preámbulo. De pie en el centro del consistorio, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y la sacó con algo aprisionado en su puño cerrado. Parte de aquello, lo que fuera, por pequeño, por cantidad y por liviano, caía flotando por entre los dedos hacia el suelo. Y más cayó cuando la mano se abrió del todo.

—Os he mandado llamar por esto —fue muy escueto Benjamín.

El consistorio en pleno se inclinó hacia adelante. Los espectadores trataron de vislumbrar qué era aquello que sostenía la mano del alcalde. Los que estaban en las ventanas agudizaron los ojos sin acabar de visualizar de qué se trataba.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los concejales.

—Letras —respondió el alcalde tan rápida como escuetamente, pues esperaba la pregunta.

—¿Letras?

Se inclinaron aún más.

Benjamín les hizo favor de acercarles las letras. Pasó frente a cada uno de ellos, y dejó caer unas pocas ante sus ojos. Cuando acabó con el último concejal, su mano estaba vacía. Algunos de los hombres y

mujeres del consistorio seguían boquiabiertos. Nadie se atrevía a tocar las letras, solo las miraban.

—Sí, son letras —dijo Régulo.

—Muchas y pequeñas letras —convino Nebridio.

—¿Y qué significa esto? —quiso saber Obdulia.

El alcalde llenó los pulmones de aire antes de responder:

—Se han caído todas las letras de los libros de la biblioteca.

El silencio fue tan espeso que hasta les costó intercambiar una mirada escéptica entre sí.

—¿Cómo dices? —inquirió Orencio.

—¿Estás de broma o qué? —vaciló Tarsila.

—¿Creéis que esto es una broma? —Benjamín señaló las letras depositadas delante de cada uno de ellos.

—Las letras no se caen de los libros, están impresas en ellos —afirmó muy segura Liceria.

—Pues nuestros libros se han quedado sin letras. A ellos se les han caído todas, como las hojas de los árboles en otoño. No queda ni una, ni dentro ni fuera. ¡Se han caído hasta las de las portadas y los lomos!

Volvieron a mirarse entre sí. Parecía una broma, pero si por algo destacaba Benjamín Eulate era por ser muy serio, poco dado a bromas. Y además estaban las letras.

—Mirad esto —dijo el alcalde.

Lo miraron.

Tenía un libro en las manos. Lo llevaba en el otro bolsillo y acababa de sacarlo. No había nada es-

crito en la portada, ni en el lomo, ni tampoco dentro cuando lo abrió y pasó las hojas una tras otra. Un libro completamente en blanco.

—¡Están todos igual! —anunció—. ¡Yo mismo lo vi anoche! ¡Tenemos miles de libros vacíos! ¡Todo lo que pudiera haber en ellos, se ha perdido!

El primer revuelo, pasada la sorpresa, se levantó en la sala igual que una espiral. Todo el mundo habló algo con el vecino. Y todo el mundo recibió de ese vecino la misma incredulidad. Aquello era, sin duda, lo más fantástico que jamás hubiesen oído.

—¿Estarán enfermos los libros? —tanteó una posible respuesta al dilema Medardo.

—¿Habrá una plaga de esas raras que los afecte? —probó su teoría Columbana

—¿Serían libros baratos? —manifestó Trifón, que era precisamente el concejal de cultura.

Esa última posibilidad hizo que el resto de los concejales lo mirara con sarcasmo.

—Escuchad —los interrumpió el alcalde dando por terminadas las elucubraciones—. No tengo ni idea de lo que pueda estar pasando, pero en la biblioteca no queda ninguna letra impresa, y hay millones de ellas cubriendo el suelo y las paredes. Así que esto es grave.

—No sé por qué —dijo una voz entre el público—. La biblioteca estaba cerrada, así que... para lo que sirve, volvemos a cerrarla y ya está.

—¿Sin más? —exclamó Benjamín—. ¿La cerramos y no nos preocupamos de lo que pueda haber sucedido? ¿Así de fácil?

—No, no, claro —se hicieron eco de sus reflexiones la mayoría de concejales.

—Esto —el alcalde agitó el libro vacío por encima de su cabeza—, es muy fuerte. Es tan fuerte que no me extrañaría que saliésemos en los periódicos, la televisión y los demás medios de comunicación. Y no precisamente para bien.

Todos los presentes enderezaron la espalda.

El alcalde acababa de pronunciar la palabra mágica: televisión.

—¿Y por qué íbamos a salir en esos sitios? —exteriorizó la pregunta que todos tenían a flor de labios Silvina.

—Por raros —dijo el alcalde, y la palabra sonó como una amenaza—. ¿A qué biblioteca se le caen las letras de los libros, eh? ¿Habíais oído alguna vez algo así?

—Si nos ha pasado a nosotros, les habrá pasado a otros —fue terminante Visia.

—Y lo habrán callado, como tontos —convino Práxedes.

—Escuchad —los detuvo el alcalde—. No podemos fingir que no pasa nada, hacernos los ignorantes, cerrar la biblioteca otra vez y despistar como si tal cosa. Cuando a uno le duele el cuerpo, va al médico. Aquí pasa algo muy raro, y hemos de saber qué es.

Algunas cabezas asintieron por entre las dudas de la mayoría.

—Por si faltara poco —remató sus palabras Benjamín—, os recuerdo que esa biblioteca tenía libros

antiguos y muy valiosos. O sea, que se nos puede caer el pelo por lo que ha sucedido y más si lo callamos.

La seriedad se hizo gravedad.

—¿Alguien ha leído los libros de la biblioteca? —quiso saber Benjamín.

Silencio.

—¿Alguien los recuerda?

Nuevo silencio.

—¿Alguien entraba en la biblioteca antes? —se desesperó el alcalde.

Más y más silencio.

No, claro. La señorita Virtudes se había jubilado más por aburrimiento que por edad. La biblioteca era el último lugar del pueblo donde podía esperarse encontrar a alguien. Por eso estaba cerrada.

—Suponiendo que alguien hubiera leído algunos de esos libros... ¿no pretenderás pegar las letras otra vez una a una, verdad? —tembló otra voz del público.

—Compramos nuevos libros y en paz, no sé a que viene tanto lío —sentenció Tigridia Favara, la directora de la sucursal bancaria del pueblo calculando ya el interés compuesto de un posible préstamo.

—¿Con qué dinero? —puso el dedo en la llaga el alcalde—. No tenemos para nada urgente, así que menos para libros. Se rechazó poner otra bibliotecaria porque cobraba más que la anterior.

—¿Cuántos libros había en la biblioteca? —inquirió Serapio.

—Más de veinte mil.

Alguien silbó.

Benjamín Eulate volvió a pasear una mirada por encima de sus cabezas, ésta más y más abatida.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó con su último átomo de moral.

El silencio le hizo comprender que nadie tenía una respuesta lógica para el problema, y aún menos una solución mínimamente razonable con la que empezar a hacer algo.

O sea, un desastre.

4

La biblioteca se convirtió en el centro de interés del pueblo, el lugar de peregrinaje por el que todos, del primero al último, desfilaron en las siguientes horas. De no haber sido porque el sargento Morales, en persona, hacía guardia en la puerta, cada vecino se habría llevado un puñado de letras a casa, como recuerdo. Los más pequeños, como ni siquiera sabían que en la placita de san Casiano, detrás de aquellas puertas siempre cerradas, había una biblioteca, y ya ni recordaban el pasado, cuando estaban abiertas y la señorita Virtudes los animaba a entrar, eran los más curiosos. Lo malo era que en sus casas, los libros del colegio seguían tal cual. A ellos no se les habían caído las letras como esperaban. Seguían en su sitio. El fenómeno era exclusivo del sacrosanto templo bibliotecario.

La presencia del sargento Morales los disuadía de entrar o incluso acercarse más de lo permitido, pero todos buscaban por el suelo alguna letra.

—Va, señor Morales, déjenos echar un vistazo.

—Total será meter la cabeza y ya está.

—Una foto, como recuerdo.

El sargento decía que no con la cabeza. Temía que al abrir la puerta, como le había dicho el señor alcalde, se formara una corriente de aire que pusiera aquellos millones de letras patas arriba. Ya era bastante caótico lo que había visto, como para pensar en aquella probabilidad. El pueblo entero podía ponerse perdido de letras sueltas. Así que, cuando se formaban demasiados corrillos en la placita o en las mismísimas escaleras de la biblioteca —los tres escalones eran muy anchos y cabían muchas personas—, se limitaba a pronunciar aquella gloriosa frase que tanto le gustaba, porque representaba uno de los puntos álgidos de su autoridad:

—Vamos, vamos, circulen. Aquí no tienen nada que hacer. Circulen, venga.

No es que le hicieran mucho caso, pero...

Las ancianas del pueblo hablaban ya de brujería. Algunas recordaban los relatos de sus abuelas, otras preferían recordar que la biblioteca antes había sido un convento de santas, así que de brujerías nada de nada. Lo cierto es que todo el lugar estaba patas arriba y conmocionado. Nadie había ido a realizar sus quehaceres habituales, salvo Tadeo, el jefe de la estación, y Tigridia Favara, la directora de la única sucursal

bancaria. Los trenes y el dinero tenían que seguir moviéndose.

Dentro de la biblioteca, Benjamín y algunos concejales estudiaban el problema buscando soluciones. En aquel momento el alcalde tenía un libro en las manos y Orencio una letra en las suyas. El edil puso la letra en una de las páginas del libro y esperó.

La letra resbaló por la página, como si estuviera satinada, y cayó al suelo.

—Segunda opción —dijo Régulo.

Nebridio encoló una letra por la parte de atrás, y después, con sumo cuidado, la colocó en el libro. Como se le habían quedado las manos pringadas, la encargada de apretar la letra para que quedara pegada fue Silvina. Aguardaron expectantes.

La letra se desencoló sola, perdió toda adherencia, y también resbaló por la página hasta saltar desde su borde al suelo.

—Tercera opción —pronunció sin convencimiento Régulo.

Pegaron una letra dorada y grande en la portada de un libro rojizo y muy viejo. En esta oportunidad la letra no resbaló como las otras. Simplemente el libro la escupió igual que si tuviera un resorte. La letra salió disparada y por poco si no le dio en un ojo a Medardo.

—Lo peor es que cada libro quiere sus letras y no acepta las de otros libros —sugirió Tarsila.

—Pues estamos listos —refunfuñó Práxedes—. Es imposible saber cuales son las letras de cada libro, y menos en que página o dónde iban.

—Si ni siquiera sabemos si este libro era una novela de aventuras o un tratado de cocina —convino Columbana.

Benjamín se dio por vencido. Aquella había sido la prueba decisiva.

Y era el alcalde. El alcalde de un pueblo en cuya biblioteca había miles de libros vacíos y millones de letras caídas.

—Eso solo nos podía pasar a nosotros —manifestó con amargura.

—No es culpa nuestra —se defendió Trifón.

—¿Estás seguro?

El concejal de cultura optó por callar, por si las moscas.

—Todo en la vida tiene una explicación lógica —aseguró otro concejal.

—Pues ya me dirás.

Le pasó las páginas del libro en blanco por delante de los ojos. El vientecillo hizo oscilar los cuatro pelos que aún tenía en la frente. No quedaban ni los números de las páginas. Nada.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Visia.

—¿Qué quieres que hagamos? —se resignó el alcalde—. Hay que llamar a la capital.

Todos se estremecieron.

—¿Es necesario? —inquirió Medardo.

—Sí, me temo que sí —no dejó lugar a dudas Benjamín.

—Pero, ¿por qué? —puso cara de dolor de estómago Obdulia, a la que no le gustaban nada los aires y los humos de los de la capital.

—Porque esta biblioteca es muy antigua —comenzó a enumerar sus razones el alcalde—; porque había aquí algunas de esas obras que llaman «incunables», valiosas; porque el día menos pensado pueden venir para hacer algún acto y entonces el palo será mayor; y porque soy el alcalde y no estoy dispuesto a tapar este lío, ya os lo dije. Vamos a dar la cara.

—¿Aunque nos la rompan?

—Aunque nos la rompan —respondió firme a la tenebrosa pregunta de Orencio.

—Pues si que estamos bien —suspiró Liceria.

—Si es que todo nos pasa a nosotros —se quejó Serapio.

—Ahí, ahí —apuntó Trifón.

Benjamín sostuvo sus miradas de reconvención. La espiral de quejas se disparó.

—Nos la vamos a cargar.

—En la capital, con tal de sacarse el muerto de encima...

—Nos los harán pagar a nosotros, como si lo viera.

Esa última aseveración les puso los pelos de punta. El alcalde vio que su consistorio estaba a punto de dimitir en pleno. No les dio opción.

—Venga, venga, no seáis cobardicas. Hemos de estar unidos todos, ¿no? Como cuando el equipo subió a Tercera Regional.

Aquello había sido glorioso. El pueblo entero, como una sola persona, en decenas de autocares alquilados, en sus coches, motos, bicicletas o en tractores, se trasladó al campo del máximo rival y allí, pacífica-

mente, apoyaron a su equipo, que ganó llevado en volandas por sus gritos de ánimo.

Claro que había sido distinto.

—¿Y a quién vas a llamar? —acentuó su cara de dolor de estómago Trifón.

—Al ministerio de Cultura, está claro.

El desánimo se apoderó de todos ellos.

Cuando abandonaron la biblioteca, hasta el sargento Morales se quedó impresionado por sus cara. Y eso que él era un experto veterano de mil batallas.

5

Benjamín Eulate llamó por teléfono a la capital y pidió por el señor ministro de Cultura. La telefonista que recibió la llamada le preguntó el nombre. Se lo repitió, y también el del pueblo. La telefonista debía tener un listado con todos los nombres de los pueblos del país, y su número de habitantes, porque lejos de pasarle con el señor ministro lo que hizo fue pasarle con la ayudante del ayudante de la ayudante del ayudante de la ayudante de la secretaria del primer secretario del ministro.

El alcalde le contó a la primera mujer lo que acababa de suceder en su pueblo.

—¿Cómo... dice? —balbuceó ella.

Se lo repitió.

—Un momento, por favor.

Le pasó con el siguiente.

Benjamín relató los acontecimientos que tenían a su pueblo tan preocupado.

—¿Me está tomando el pelo? —dijo el hombre en un tono nada amigable.

—Nada más lejos de mi intención, señor.

—Dice usted que las letras...

—Se nos han caído de los libros. Todas.

—Un momento, por favor.

Le pasó con la siguiente en el escalafón.

—Oiga, que tontería es esa de que las letras de los libros de su biblioteca se han caído. ¿Nos toma por idiotas o qué? Tenemos cosas más importantes que...

—Es la verdad. Pueden venir a verlo cuando quieran.

—¿Y es usted el alcalde?

—Sí. Y no estoy borracho, ni de juerga, ¿vale? —empezó a impacientarse Benjamín.

—Un momento, por favor.

Cerró los ojos.

En total fueron cinco ayudantes, una secretaria y el primer secretario de ministro. Fue este último el que le dijo que su jefe no estaba en la capital, que había ido a inaugurar... una biblioteca pública. Pero por lo menos y en ese momento, por el boca a boca interior, todo el ministerio sabía ya de aquel extraño fenómeno. El primer secretario, muy en su sitio, fue el que le anunció:

—Enviaremos a alguien. Inmediatamente.

Cuando Benjamín colgó, pensó que la larguísima conferencia se les habría comido la mitad del presupuesto del año, porque entre repetir su historia y to-

do lo demás, llevaba hablando dos horas por lo menos.

—Van a enviar a alguien —les comunicó a los concejales.

—¿A quién?

—No lo ha dicho. Alguien.

Esperaron a «alguien» con el alma en vilo. Pusieron vigilancia en la carretera, por si venía en coche, y avisaron a Tadeo, por si lo hacía en tren. En cuanto apareciera la persona de la capital, tenía que ser conducida a la alcaldía, y acto seguido notificárseles a todos ellos.

No llegó nadie aquel día.

Ni al siguiente.

Pero sí al tercero.

Lo hizo en tren, en el expreso de las trece veinte. Cuando Tadeo escuchó los silbidos y vio que aminoraba la marcha para detenerse en el pueblo, alzó las cejas expectante. Pero no había la menor duda, el expreso iba a pararse allí. Se puso la gorra, se cuadró la chaqueta, agarró la bandera roja y salió al andén, reluciente como los chorros del oro. Ni en las vías había un papelito o una fastidiosa colilla. El tren se detuvo y el conductor lo saludó con la mano. Tadeo le hizo un simple gesto circunspecto. Estaba pendiente de quien fuese a bajar del expreso.

Un hombrecillo muy viejo, bajito, de larga barba blanca y espesa mata de cabello igualmente canoso, que se apoyaba en un bastón negro con empuñadura de plata, se apeó del tercer vagón. Vestía de forma ajada aunque impecable. Miró a derecha e izquierda a

través de sus gafas redondas. Tadeo se presentó ante él y no le cupo la menor duda de quien se trataba.

—Bienvenido, señor —lo saludó inclinándose con todo respeto—. Usted es...

—Acacio Robledal, profesor emérito de Letras Hispánicas, filosofía e historia y una larga serie de materias que no vienen al caso, muchacho.

A Tadeo, que le llamaran muchacho, no supo si saberle bien o mal. Bien porque ya tenía los cincuenta. Y mal porque con su uniforme de jefe de estación, lo de muchacho sonaba un poco ridículo. Pero tratándose de un anciano «eme...», «emeri...», lo que fuera que hubiera dicho el hombre de la capital, optó por ignorarlo.

—Si me hace el favor de esperar un momento.

Corrió a su puesto de mando. Llamó por teléfono al alcalde y dio la alarma, después a Liduvina que era la encargada de transportar al egregio visitante. La espera no fue muy larga. Se reunió con el señor Acacio y mientras hablaban del tiempo, de la sequía y del calor, con muchos nervios por parte de Tadeo, apareció Liduvina. El profesor se alegró de no tener que andar, aunque bastón en mano iba bastante ligerito el hombre. Subió al coche que hacía las veces de único taxi del pueblo y fue conducido a la alcaldía.

La mayor parte de concejales ya estaba allí.

—Me llamo Benjamín Eulate —lo saludó mitad serio mitad efusivo el alcalde.

—Acacio Robledal, profesor emérito de Letras Hispánicas, filosofía e historia y una larga serie de materias que no vienen al caso —repitió la presenta-

ción que ya había hecho en la estación el recién llegado. Y acto seguido, por si le tenían preparado algún recibimiento especial, recepción, almuerzo, comida o lo que fuera, se apresuró en agregar—: ¿Vamos a ver el extraño fenómeno?

Fueron a verlo.

El alcalde y el profesor subieron al coche de Liduvina, aunque el recorrido no era mayor de cien metros. Trifón, como concejal de cultura, se sintió un poco molesto, pero no dijo nada. El resto hizo el trayecto a pie. Liduvina tenía ya órdenes de dar un rodeo, pequeñito, pero rodeo al fin y al cabo, para que el visitante viera las maravillas del pueblo.

El visitante no pareció muy impresionado por ellas.

Benjamín se sintió peor de lo que ya estaba.

Cuando llegaron a la placita de San Casiano, los concejales ya estaban en ella hablando en corro. Enmudecieron de golpe cuando apareció el coche. Bajaron Benjamín y el señor Acacio y este último alzó la cabeza para mirar el solemne edificio de la biblioteca. No había dicho nada en todo el breve trayecto. Nada. El alcalde se alegró de que por allí no hubiera en ese momento nadie del pueblo. Hubiera sido peor tener allí a todo el mundo.

El visitante subió los tres escalones.

El sargento Morales se le cuadró como si fuera un general.

—Sssus ordenes, señor —silbó en tono muy castrense.

El profesor Acacio Robledal se echó a reír.

Luego pasó por su lado y alcanzó la puerta de la biblioteca, que en ese instante se apresuraban a abrir Trifón, Régulo y Nebridio. Los tres empujaron la montaña de letras situada inmediatamente detrás. Cuando tuvieron un hueco lo bastante grande como para permitir el paso se apartaron. El anciano hombre de la capital fue el primero en entrar, seguido del alcalde. Los demás se empujaron unos a otros para, al menos, lograr atisbar dentro.

El hombrecillo de las gafas, la barba y el bastón, no tuvo que internarse demasiado por entre las montañas de letras. Casi temió pisarlas. Tomó un puñado con mucho cariño, y en sus ojillos brilló una tenue chispa de luz. Con un dedo de la otra mano las movió por entre su palma abierta. Suspiró. Levantó la cabeza y vio aquella inmensidad de altos y gruesos muros, los miles de volúmenes amontonados en las estanterías, el polvo acumulado, las sinuosas montañas de letras, como dunas quietas de un desierto gráfico.

Alargó una mano y agarró un libro, el primero que tuvo a su alcance. Lo abrió y pasó las páginas.

Volvió a suspirar.

—Vaya, vaya, vaya —musitó apenas perceptiblemente.

Benjamín Eulate tragó saliva.

El examen parecía hecho.

—Sí, es lo que me temía —dijo el profesor Acacio Robledal dándose la vuelta para enfrentarse a ellos.

—¿Ya sabe qué ha pasado? —se quedó boquiabierto el alcalde.

—Desde luego. Es un diagnóstico sencillo.

No supieron si sentirse aliviados o más preocupados.

Se miraron entre sí.

—¿Y qué es? —formuló la pregunta decisiva Benjamín.

La respuesta fue muy simple.

—Incultura.

6

En esta oportunidad, la reunión del consistorio en la alcaldía del pueblo no la presidía Benjamín Eulate, sino el hombre llegado de la capital, el profesor Acacio Robledal. Todos los vecinos habían sido convocados a la misma, porque según el vetusto académico, lo que tenía que decir afectaba al pueblo entero por igual, sin distinción de sexos o edades. En la sala no cabía un alfiler, las ventanas estaban colapsadas y se habían colocado en el exterior unos altavoces para que los que aguardaban en la Plaza Mayor no perdieran nada de lo que sucedía.

La expectación era mayúscula.

—Seguro que es una epidemia —decía un vecino.

—Nos pondrán en cuarentena y no podré ir a visitar a mi madre por su santo —lamentaba una vecina.

—Nos pondrán otro impuesto, como si lo viera. Esos de la capital todo lo arreglan con dinero. El nuestro, claro. Porque lo que es el suyo...

Benjamín Eulate tomó la palabra muy brevemente, pero solo para abrir la sesión extraordinaria y presentar al hombrecillo de la barba blanca, las gafas y el bastón, que ahora permanecía sentado en una butaca de cuero repujado tan pensativo como abatido. La butaca era una rara pieza del siglo XVII, pero no precisamente cómoda.

—Amigos y convecinos —inició su proclama el alcalde—. Este caballero que veis aquí, es el profesor Acacio Robledal, una eminencia en cuestión de libros, que ha venido de la capital para ayudarnos en nuestro problema. El profesor me ha pedido que os reúna para dirigiros unas palabras.

Lo único que había dicho el enviado del ministerio había sido aquel contundente término, expresado en voz alta como diagnóstico en la misma biblioteca: «Incultura». Desde ese momento se había negado a decir otra cosa, salvo que se reuniera al pueblo entero.

Tanto Benjamín como los concejales estaban muy preocupados.

¿Incultura?

¿Qué tenía que ver eso con el hecho de que a los libros se les cayeran las letras?

—Cuando quiera, profesor —le invitó la máxima autoridad del pueblo.

Acacio Robledal se levantó de la muy antigua silla que habían dispuesto para él y caminó hasta el centro del salón. Tenía la vista fija en el suelo. Cuando la

alzó, todos pudieron ver su cara cubierta de cenizas y sombras. Aquel era sin duda el rostro de un hombre turbado por una realidad que lo aplastaba.

—Señoras, señores —comenzó a hablar despacio—. Llevo toda la vida esperando un momento como éste, o mejor decir temiéndolo, y por desgracia, hoy ha llegado. Creía estar equivocado. Creía que me moriría sin que mis teorías, para satisfacción mía, se confirmaran. Lamentablemente cuando alguien emite una teoría basada en un supuesto posible... éste acaba siempre confirmándose. Hoy, pues, es un día triste para la cultura de este país, y del mundo en general.

La mitad de los vecinos no le había entendido, no tenían ni idea de qué hablaba aquel hombre ya tan mayor, pero su tono, la gravedad de sus palabras y sus gestos, y sobre todo aquellos ojos tan tristes, hicieron mella en su ánimo. Lo de la biblioteca tenía que ser gordo.

El que había hablado de una epidemia se asustó aún más. La señora que quería ir a ver a su madre por su santo pensó que más que cuarentena estarían allí encerrados una cincuentena o una sesentena, si es que existía eso. El vecino que insistía en que aquello les costaría dinero hizo un cálculo mental de lo que tenía en la cartilla de ahorros.

—Hoy, en el albor de un nuevo siglo y de un nuevo milenio —volvió a hablar tras su pausa el profesor Acacio Robledal—, cuando la humanidad es capaz de concentrar toda la información de miles de libros en un chip, y cuando viajamos por Internet o las comunicaciones son cosa de coser y cantar, parece ser

que hemos descuidado lo más elemental: las raíces. Y permítanme que les diga algo. Las raíces son siempre lo primero, la clave de todo, el quid de la cuestión. Un pueblo, una sociedad sin raíces, no es nada. Está condenada a volver a la barbarie.

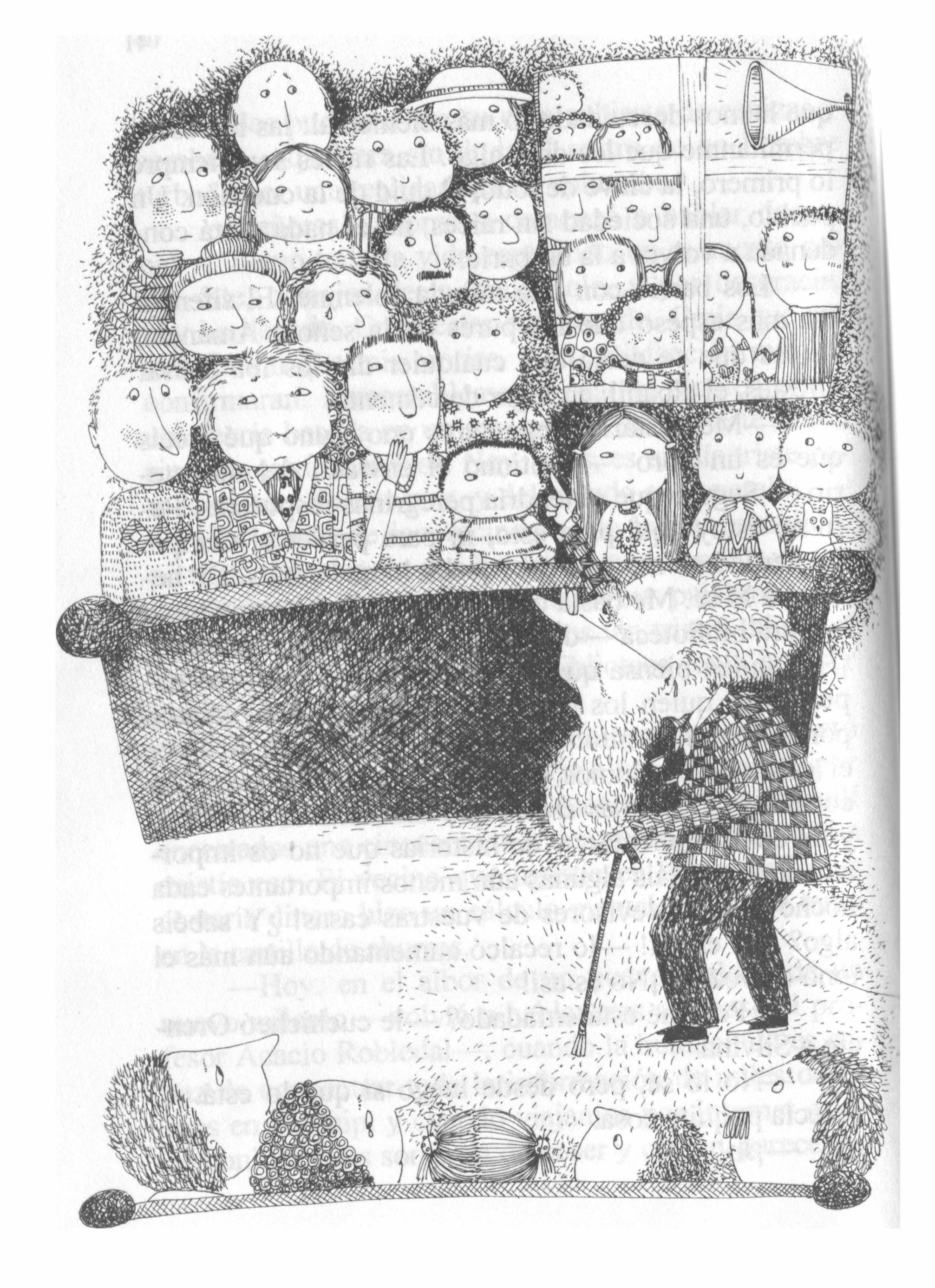
Los barrió con una mirada solemne. El silencio era más espeso que los purés de la señora Amancia, de los que se decía que cualquier día los iba a usar Orestes, el albañil, en lugar de cemento.

—Me gustaría preguntaros uno a uno qué creéis que es un libro —continuó el enviado del ministerio—. Seguro que obtendría peregrinas respuestas. Pero no estoy aquí para esto, ni para perder el tiempo. En verdad no me interesa mucho lo que creáis. De hecho ya lo sé. Me basta con ver lo que le ha sucedido a vuestra biblioteca —de pronto elevó el tono de voz—. ¡Hay quien piensa que los libros no son más que papel! ¡Hay quien los coloca en el aparador de la sala porque hacen bonito! ¡Hay quien compra algunos por el color de los lomos para que hagan juego con las cortinas! ¡Y los más creéis que están llenos de letras, y de cosas aburridas, y de historias que no os importan, aunque veáis algunas aún menos importantes cada noche en los televisores de vuestras casas! ¿Y sabéis algo? ¡No es así! —lo recalcó aumentando aún más el tono de voz—: ¡No es así!

—¿Por qué está enfadado? —le cuchicheó Orencio a Silvina.

—No lo sé, pero desde luego sí que lo está. Y parecía poquita cosa.

—¡Jo!



Los dos se callaron, porque Acacio Robledal se giró y los taladró con una mirada que los dejó hechos migas.

—Los libros —dijo despacio el profesor—, hablan de personas que han existido en el pasado tanto como de seres solo reales en la mente de sus creadores. Los libros son las formas de arte más vivas de la historia de la humanidad. Los libros los han escrito seres humanos que consagraron sus existencias a ellos, para hacer que las nuestras fueran un poco mejor. Los libros son la verdad, y los sueños, y la realidad, y la fantasía, y el conocimiento, y el entretenimiento, y la paz, y la vida. Sí, la vida, porque los libros están vivos, tienen alma, corazón, sentimientos.

Pronunció estas últimas palabras tan despacio, remarcando tanto cada sílaba, mirándoles a todos de hito en hito, que hizo que cada uno de ellos y ellas se sintiera como si él le hablara directamente.

Alguno, empezó a entender.

—Cuando un libro no es leído, es como una persona que no vive, que se seca... y muere. Cuando una persona muere se la llora y se la entierra. Luego se la recuerda. Pero las demás personas siguen viviendo. Lo mismo pasa cuando un libro muere. Los demás siguen existiendo. Sin embargo... ¿qué sucedería si nadie leyera ningún libro? La respuesta la habéis tenido en vuestra biblioteca, cerrada y olvidada. Vuestros libros se han muerto, de tristeza, de soledad, abandonados a su suerte. Y se han muerto todos. Se han secado. La muerte humana es real, el alma se va y el cuerpo se pudre. La de los libros es tan fantástica como lo son

ellos. Se separan su alma y su cuerpo, y por separado ya no son nada. Nunca habíais pensado que esto pudiera ser así, pero ya lo veis: ha sucedido. ¡Vuestros libros se han debilitado porque nadie los leía, ninguna energía ha recorrido sus páginas, sus letras, y han acabado extinguiéndose por aburrimiento!

Estaban todos boquiabiertos.

Lo que decía aquel hombre era imposible, absurdo. Y sin embargo...

También era lógico.

—¡¿Cuánto hace que no leéis un libro?! —tronó la voz de Acacio Robledal, tan fuerte que hizo temblar las paredes del consistorio.

El silencio aún fue más espeso que antes, dentro y fuera de la sala.

El viejo profesor movió la cabeza horizontalmente.

Se le veía enfadado.

Triste, afectado, impresionado... pero sobre todo enfadado.

—¡Un pueblo inculto es un pueblo estéril! —gritó con un dedo apuntando al cielo y en tono apocalíptico—. ¡Estáis condenados a la ignorancia, y con la ignorancia, condenados a la desaparición! —respiró un par de veces, atemperó su exaltado ánimo, y de pronto concluyó su arenga con un arrebatado—: ¡He dicho!

Tras lo cual se fue, abandonó la sala, dejándolos solos y perdidos ante su desgracia.

7

Acacio Robledal estaba tan afectado, que no pudo ni siquiera pensar en regresar a la capital aquel mismo día. Tampoco había trenes en ese sentido de la vía. Se quedó a pasar la noche, a cargo del consistorio, en la pensión de la señora Petunia, que le dio su mejor habitación. Según la chica que cuidaba del servicio, Rosilda, el anciano había cenado con extrema parquedad y se había retirado muy temprano a descansar.

Sin apenas abrir la boca. Muy y muy abatido.

Los rumores iban y venían por todo el pueblo como un viento de mal asiento, de los que no paran ni un momento. Benjamín y los concejales ya volvían a estar reunidos, para ver la forma de enfrentarse a la crisis, una hora antes de que pasara el primer tren, el cual, avisado por Tadeo, pararía para recoger a una persona en la estación. Por sus caras se notaba que ninguna había dormido bien la noche pasada. Los corrillos, las discusiones, incluso los chistes —que siempre se sacan chistes hasta de los puntos más extremos y delicados—, salpicaban el pueblo de norte a sur y de este a oeste. Dado que no existía una cura para el mal, ni una lógica salvo la expresada por el profesor, el desconcierto imperaba en toda la vecindad.

La biblioteca se había convertido en una especie de puerta del infierno para ellos.

En sus oídos aún flotaban las enérgicas palabras de Acacio Robledal al término de la asamblea del día anterior.

—¿Alguna sugerencia? —les preguntó Benjamín Eulate a sus concejales.

Nadie abrió la boca, ni levantó la vista del suelo.

—¿Nada que decir? —insistió el alcalde.

—¿Qué quieres que digamos? —refunfuñó un abatido Trifón.

—Si quieres, dimitimos —le propuso Medardo.

—Ya sabéis que eso no solucionaría nada. Solo pasarles la patata caliente a los que vendrán después. El problema es nuestro, y nos toca a nosotros hacer algo.

—Como si fuera fácil —dijo Visia.

—De momento, habrá que ir pensando en volver a abrir la biblioteca —anunció el alcalde.

—¿Qué haremos con las letras? —se interesó Tarsila.

—Tirarlas no, desde luego —se estremeció Columbana—. Después de lo que nos dijo el de la barba ayer...

—Podemos guardarlas en alguna parte, no sé, por si se nos ocurre algo —propuso Práxedes—. Pero estoy de acuerdo con Benjamín en lo de abrir la biblioteca.

—Y leer —manifestó Liceria.

—Sí, claro —asintieron todos.

—¿Leer qué? —puso el dedo en la llaga Benjamín—. ¡No tenemos libros!

—Habrá que comprar algunos —dijo Trifón.

—¡No tenemos dinero! —le recordó el alcalde.

—Podemos traer los libros que tengamos en nuestras casas, para empezar —dijo Obdulia—. Yo tengo un montón, y están nuevos.

Se puso roja nada más decir esto último, porque con ello acababa de reconocer que ni los había leído, que los tenía en su casa tal cual se los habían regalado o los había heredado de alguien.

A todos les pasaba igual. Unos habían comprado un mueble con doscientos libros y una vajilla de regalo, a plazos. Otros tenían los libros que cada año regalaba la sucursal de la entidad bancaria del pueblo. Los más ni siquiera sabían de dónde los sacaron. Los tenían y en paz. Allí estaban. De vez en cuando uno servía para que el pequeño estuviera más alto en la silla y otro para nivelar la pata de una mesa.

—Es una buena idea —aceptó Benjamín haciendo que Obdulia dejara de estar roja como un tomate—. También podríamos ir algún domingo a la capital y comprar algunos de segunda mano. El caso es empezar de nuevo.

—¿Y dónde los pondremos?

Nadie se atrevía a pensar en vaciar la biblioteca. Meter todas las letras en sacos ya sonaba muy fuerte, pero encima llevarse los libros vacíos... Habían vivido allí toda su vida.

—Paso a paso. Ya se nos ocurrirá algo —exclamó el alcalde un poco más animado.

Solo un poco.

Toda su culpabilidad se les manifestó de nuevo cuando apareció el profesor en la puerta de la pensión.

Era como si llevasen escrito en la cara la palabra «ignorantes» o alguna otra parecida. Acacio Robledal tenía mejor aspecto que durante la asamblea del día anterior. Se apoyó en el bastón y les miró fijamente.

—Deberé informar al ministerio, como pueden comprender —les anunció.

Era lo lógico.

—Ustedes no hagan nada. No toquen nada. Esperen instrucciones.

Lo dijo tan serio que nadie se lo discutió.

Serían el pueblo cuya biblioteca había visto secarse sus libros. El primer pueblo en toda la historia de la humanidad con semejante catástrofe. Poco importaba que hubiese otros. ¿Quién recuerda a los segundos?

El pueblo se llenaría de periodistas, cámaras de televisión, curiosos, políticos, santones, curanderos, vendedores de libros, estudiosos del tema, palizas, agoreros...

Solo tres de los concejales, al pensarlo, contuvieron una sonrisa. En su caso, la vergüenza quedaría compensada por los ingresos por ese exceso de turistas. Una era la dueña del colmado, otro el dueño del bar, y el tercero era el marido de la señora Petunia, la de la pensión. El resto pensó en montar una parada de «souvenirs».

Al menos no se morirían de hambre.

—Sé lo que están pensando —les dijo Acacio Robledal—. Y les advierto que el dinero no va a compensar la humillación.

Los tres concejales se pusieron como la grana. El resto, como la grosella.

—Disculpe —habló Benjamín—. ¿Conoce usted a alguien que haya leído muchos libros?

—Yo he leído muchos libros. Cientos. Miles —reconoció el profesor—. Pero no todos los de su biblioteca, si es a lo que se refiere. Ahí tenían códices, incunables y obras muy antiguas junto a otras de más actuales. Y aunque así fuera, me sería imposible recordarlos, y aún menos reescribirlos palabra por palabra. Ni con cien, ni con mil vidas, se lograría algo como lo que está insinuando.

—Si copiáramos...

—No, no —insistió el profesor—. Ni tan solo sabemos lo que había en cada volumen. Su biblioteca, lamentablemente, se ha perdido, es irrecuperable. Deberán buscar otras soluciones, pero esas letras.. esos libros...

—Así pues, no hay nada que hacer.

—Me temo que no, amigo mío —le puso una mano en el hombro al señor alcalde—. Y no quiero hacer leña del árbol caído, pero... ¿por qué no lo pensaban antes?

—No creíamos que...

—Ése es el problema. Nadie cree nada. Nadie piensa en nada. Y cuando las cosas pasan, todo el mundo se extraña, se sorprende y se escandaliza. La humanidad no aprende. Dos mil años de civilización y aún no sabemos que sin libros y sin cultura no somos más que animales irracionales. Así nos va.

Guerras, intolerancia, estupidez. No le hizo falta decirlo con palabras.

Todos lo entendieron.

El profesor Acacio Robledal subió al taxi conducido por Liduvina, que ya le esperaba para llevarlo a la estación.

Esta vez, mitad por desánimo mitad porque ya estaba todo dicho, ni Benjamín Eulate lo acompañó a la búsqueda de su tren que lo llevara de regreso, con la increíble noticia, a la capital.

Al comienzo del gran bombazo que iba a cambiar sus vidas.

(B)

LOS PEQUEÑOS ESCRITORES

8

Aquella noche, y pese a que por televisión daban un partido entre un equipo brasileño y otro mexicano, tan falto de interés como el del equipo búlgaro y el del húngaro, pero válido para pasar el rato antes o después de la cena, Benjamín Eulate no estaba para gaitas.

Tenía la televisión apagada.

Por su cabeza pasaban dantescas imágenes del pueblo, primero convertido en lugar de mofa y escarnio, después en reducto de peregrinaje de todos los burros del mundo, y para rematarlo, reducido a un desierto de casas vacías, pues los vecinos, uno a uno, acababan abandonándolo para no vivir en él.

Su pequeño, hermoso, apacible y coquetón pueblecito de toda la vida.

Suspiró hecho polvo.

—Va, Benjamín —quiso alentarlo Leocadia, su mujer—. Seguro que no será para tanto.

La miró.

—Tú no sabes.

—Yo sí sé —se mosqueó ella—. Primero la gente se lo toma todo a la tremenda, pero después, cuan-

do pasa algo en otra parte, las cosas cambian. Es lo de siempre. ¿Te crees que una tontería como esa de los libros va a durar siempre?

—¿Tontería?

—Sí, tontería. Ni que fuera el fin del mundo. Mi padre murió analfabeto, no leyó jamás un libro en la vida, y ya sabes que estiró la pata tan contento.

—Tu padre nunca salió de aquí. No sabía ni dónde estaba el mar. Tenía más miedo que...

—Lo que quieras, pero vivió tranquilo y en paz. La gente que lee tanto y sabe tanto se vuelve tarumba. Se ponen a pensar y lo pasan fatal. Yo creo que es mejor la ignorancia.

—Leocadia, a veces...

—¿Qué? —su mujer se le puso brazos en jarras, cuadrada delante de él.

No valía la pena discutir. Todo dependía de dónde soplara el viento. En parte lo decía para tranquilizarle aunque no lo pensara así. Unos días antes, cuando Margarita les había traído un «suficiente» muy justito en matemáticas, se había pasado una hora recordándole a su hija la importancia de la cultura, y de una buena educación, sobre todo para no ser tan tonta como la hija de la señora Simeona. Le insistió a Margarita, que por otra parte era una niña muy lista e inteligente, que sin estudios nunca llegaría a nada, se quedaría en el pueblo cuidando vacas o se iría a la capital a vender botones en una mercería, que para el caso era lo mismo, dicho sea de paso con todo respeto para los que cuidan vacas o venden botones. O sea que la dis-

cusión de esa noche era solo para llevarle la contraria, o para «ayudarle». Leocadia era así.

—No sé por qué te presentaste para alcalde —cambió de tema sin dejar de meterse con él—. Como eres tan buenazo, siempre te las cargas tú.

—¿Querías que dejara mandar al cazurro de Generoso, que salvo por el nombre no tiene nada de divertido?

—Venga, vamos a ver la tele —quiso animarlo.

—No —se apesadumbró aún más Benjamín.

—¡Que no es el fin del mundo!

—Casi.

—Cariño... —se le sentó en las rodillas, amorosa—. ¿No dan fútbol hoy?

—Para fútbol estoy yo.

—¿Y ese concurso tan divertido en el que la gente se cae y se hace polvo y venga a hacer el ridículo entre actuación de una folklórica y actuación de un descerebrado?

—Leocadia, cielo.

—En el canal de seriales y películas creo que hacen...

Benjamín le tapó la boca. Primero con la mano. Después con un beso.

—Esto es serio —le recordó abrumado.

—Desde que eres alcalde, todo lo es —se resignó ella.

No se dieron cuenta de que por la puerta de la salita acababa de hacer acto de presencia Margarita, su hija. Llevaba dos trenzas, tenía el cabello de un sugestivo color rojizo, como su abuela materna, y sus

dos ojillos echaban chispas. Su fama de despierta, de ingeniosa, y de tener ideas que a veces alarmaban a propios y extraños, no era casual. Llevaba los dos puños apretados con una determinación que, en otras circunstancias, habría alertado y alarmado a sus padres.

Esta vez, ni se fijaron en el detalle.

La niña sonrió al ver a sus mayores en tan cariñosa actitud.

—Papá —dijo tras unos segundos de complacida espera.

Benjamín y Leocadia miraron en su dirección.

—Ah, hola, Margarita —dijo él.

Su madre se levantó «ipso facto», como si estuviese haciendo algo malo. Se arregló el pelo.

Los padres nunca entienden lo bueno que es que sus hijos les vean en actitud amorosa, besándose y acariciándose.

—Margarita, ¿ya has acabado los deberes? —pasó al contraataque Leocadia.

—Sí —la niña siguió sonriendo con una feliz determinación dirigida a su padre—. Papá...

—Ahora no, cielo —el alcalde del pueblo seguía siendo el alcalde del pueblo aquella noche, no el padre de una niña de diez años. Se llevó la mano derecha a los ojos, agotado.

—Vamos, Margarita, deja a papá —indicó su madre.

—Es que tengo una idea para...

—Margarita, mañana, por favor —suplicó Benjamín Eulate.

—Si es que...

—¡Margarita! —la autoridad materna se impuso a la insistencia de la pequeña. Si un minuto antes era ella la que quería que su exhausto marido dejara de pensar en el problema de las letras, ahora se trataba de protegerle del más feroz de los depredadores caseros: los hijos. Su marido quería estar tranquilo, y ella era la atenta celadora de esa paz—. ¡Vete a tu cuarto y no hagas ruido!

Margarita no se movió. Tozuda.

—¡Con mi idea el problem...!

No pudo ni terminar la frase. Benjamín se sumergió un poco más en la butaca. Leocadia dio dos pasos en dirección a su hija, la tomó por un brazo y luego siguió andando mientras tiraba de ella. Fue como si la mano de un gigante la arrancara de allí, como una planta del bosque. Visto y no visto, Margarita fue erradicada de la sala.

Y nunca mejor dicho. Erradicada.

Su voz y su catarata de protestas se perdieron rumbo a su habitación, con su madre insistiendo en que no era el momento, en que papá estaba muy cansado y en que los niños, en casos así, han de callar, no molestar y desaparecer de la faz de la tierra.

El silencio, y con él la angustia, reaparecieron en torno al atribulado alcalde del pueblo de la biblioteca de los libros vacíos.

9

Margarita miró la puerta cerrada de su habitación.

Estaba muy enfadada, furiosa.

Ya no se oía nada. Silencio. Sus padres se habían ido a dormir muy temprano, tempranísimo.

Era increíble.

—Ni caso —suspiró la niña.

Estaba enfurruñada, cruzada de brazos, sentada en la cama y sin pizca de sueño. No habían querido escucharla. ¡No habían querido escucharla! Luego decían que si patatín y que si patatán. ¿Acaso no formaba parte de aquella familia?

—No sé de qué, si no me hacen caso y pasan de mí —expresó de nuevo su profunda decepción en voz alta.

Pues ella no iba a renunciar a su idea. De eso ni hablar.

¿No decían que había que ser emprendedor, y se quejaban de que los niños no hacían nada, y eran abúlicos —significase lo que significase semejante palabreja empleada a veces por su vecino, el señor Henedino, para protestar porque su hijo se pasaba el día delante del televisor en posturas imposibles—, y no participaban, y tal y cual y esto y aquello y lo de más allá?

Tomó la determinación.

Total, si la pillaban, el castigo nunca sería superior al placer de demostrar su teoría.

Margarita saltó de la cama, se cambió de ropa y se puso unos vaqueros y una camiseta de color azul oscuro. Tuvo la precaución de agarrar un jersey por si al lugar al que iba hacía frío de noche.

Su odisea tenía visos de aventura.

Eso la hacía más excitante, aunque lo que de verdad importaba era demostrar lo que tenía en la cabeza.

Salió de su habitación y bajó a la planta baja. La linterna se hallaba en la cocina. La agarró, se aseguró de que hubiese pilas y se la guardó en el bolsillo de atrás del pantalón. No se aventuró a salir por la puerta principal. No estaba cerrada con llave —en el pueblo nadie cerraba nada con llave—, pero hacía ruido al cerrarse, el clásico chasquido de la cerradura. Su madre tenía el sueño liviano. Se dirigió a la parte de atrás y abandonó su casa por la puerta trasera, la que daba al patio. Luego rodeó su casa y salió a la calle.

No había un alma por el pueblo.

Igual que una sombra furtiva, huyendo de los escasos puntos de luz que iluminaban los cruces o los rincones más oscuros, Margarita se encaminó hacia la placita de San Casiano. Tampoco atravesó la Plaza Mayor, aunque era el camino más corto. La rodeó caminando sin prisas pero sin pausas. Una vez en la placita, frente a la oscuridad de la biblioteca, cuyos muros se alzaban sombríos con su terrible desgracia interior, tragó saliva y vaciló. No tenía miedo de lo que iba a hacer, pero sí de hacerlo sola. Era una chica valiente, no la asustaban ni la oscuridad ni los lugares desconocidos, no creía en fantasmas ni nada de eso, pero meterse en una biblioteca en la que los libros,

por falta de cariño, se habían secado hasta perder todas sus letras...

No quiso pensar en ello. Ya estaba allí. No iba a retroceder ahora como lo haría una tonta pusilánime.

Rodeó la biblioteca por la parte de la derecha. De día había estudiado el terreno y sabía perfectamente qué hacer. No estaba tan loca como para pretender entrar por la puerta principal. Ni siquiera tenía tanta fuerza para abrirla. Las letras no pesaban nada, pero la obstruían impidiendo el libre acceso. En cambio por detrás había visto algo mucho mejor.

Al menos para ella.

Las piedras del muro sobresalían allí de forma evidente. Aquellas paredes habían sido levantadas decenas de años antes, siglos incluso —aunque no sabía cuántos y a ella eso de los siglos se le escapaba un poco—, así que se había caído el cemento o lo que utilizaran los antiguos. Era fácil trepar por ellas, sobre todo en el caso de una chica ágil. Y Margarita era tan ágil como la que más en el pueblo.

A unos tres metros de altura había una ventana vertical y estrecha. Tal vez no diera mucha luz, pero si estaba allí sería por algo. Y desde la calle había visto que no estaba cerrada, sino entornada. Tal vez rota.

La única duda era: ¿y al otro lado?

No iba a saltar tres metros y romperse la crisma.

Comenzó a trepar por las piedras que sobresalían en el muro. Casi formaban una escalera. No le costó nada llegar hasta arriba. Una vez en la ventana la empujó y la abrió del todo. Tal y como había pensado, estaba rota. No tenía más que una hoja de madera po-

drida y unos herrumbrosos hierros oxidados. Sacó la linterna del bolsillo de atrás y enfocó hacia abajo.

Las letras llegaban hasta la misma ventana, por entre dos estanterías muy próximas a ella.

Se mordió el labio inferior. ¿Saltaba y se arriesgaba a quedar sepultada por las letras, o mejor se afianzaba en las estanterías y buscaba un lugar mejor por el que bajar hasta el suelo?

Lo intentó con las estanterías.

El problema era sujetar la linterna con la boca para tener las manos libres.

Lo hizo despacio, vigilando bien sus movimientos, donde ponía los pies y las manos, y sobre todo controlando que la linterna no se le cayera. Si se quedaba a oscuras allí dentro sí que lo pasaría mal. Desaparecería. Sería la primera víctima real de la cultura. «Niña ahogada por millones de letras caídas».

Se estremeció.

Si su padre la hubiese escuchado.

No lo hizo mal del todo. Era como en el patio de la escuela, donde había un «castillo» hecho de maderos por el que subían y bajaban a todo tren. Algo más complicado, con una linterna en la boca, de noche y con peligro, pero poco más.

Recorrió la parte superior de una estantería, sujetándose a las maderas verticales y poniendo los pies por entre los libros, aunque algunos estaban tan apretados que tenía que empujarlos para adentro o poner incluso el pie encima. Suerte que no pesaba nada. Le daban un poco de pena aquellos libros ahora vacíos, mientras el océano de letras permanecía quieto bajo

ella. Tantas historias hermosas perdidas. Tantos sueños esparcidos por el suelo, letra a letra. No era justo.

Pero había una esperanza.

Encontró un punto en el que apenas si había letras en el suelo. Era el centro de la gran sala principal. Por allí el nivel debía ser de poco menos de medio metro. Suficiente para lo que pretendía. Bajó por la estantería, hundió sus pies en la gruesa alfombra ilustrada y se movió arrastrándolos hasta su destino. Allí se hizo un hueco apartando las letras con las manos para poder sentarse en el suelo. Era la hora de la verdad y tenía el corazón encogido. Si su idea no era buena...

Atrapó el libro que tenía más cerca. No era muy grueso. Sus cubiertas eran de cartoncillo y sus páginas muy blancas. Lo depositó sobre su regazo y tomó un puñado de letras con la mano izquierda. La linterna seguía sujetándola con la boca, para tener la otra mano libre. No se preocupó de buscar letras parecidas entre sí, porque aquello habría sido un trabajo de chinos, ni tuvo en cuenta que iba a ponerlas en la portada y tal vez debieran ser más grandes. Simplemente buscó las que necesitaba, comenzando por una «L» y a continuación una «a», otra «a», una «s», una «o»...

Fue colocando las letras en la portada del libro.

Contuvo la respiración.

Había oído decir que las letras resbalaban por encima de las páginas y volvían a caer, aunque las encolasen, y que en las portadas, salían despedidas.

Sus letras se quedaron allí, de momento sin aparente consistencia.



Hasta que, poco a poco, a medida que iba completando las palabras, notó que sí, que finalmente se iban quedando pegadas... o lo que era lo mismo, ¡de nuevo impresas!

Margarita se quedó blanca.

Su idea funcionaba.

¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

—¡Bien! —gritó muy feliz.

Y continuó colocando letras, ahora a mayor velocidad, pues la seguridad y el convencimiento acababan de despejar sus últimas dudas.

En cinco minutos ya tenía la portada del libro escrita. Impresa.

Ponía:

La asoMbrosA hisToria
de la niÑa invisible

por

margarita EUlate

10

Al día siguiente, muerta de sueño, Margarita tuvo que arrastrar sus pies y su cuerpo hasta el colegio. Se había pasado. Ella sólo quería estar un rato, demostrar su teoría y regresar a casa. Pero animada por

el éxito, y feliz por estar «escribiendo» un libro, pero «de verdad», porque no era lo mismo escribirlo en una libreta, a mano, que verlo ya impreso, le habían dado las tantas como si tal cosa, absolutamente concentrada en su maravilloso trabajo.

Margarita siempre había soñado con ser escritora.

Por poco si no amanece en la biblioteca.

Tuvo que regresar a casa sin acabar su obra, por supuesto, aunque al final ya «escribía» tan rápido que estaba asombrada de sí misma. Las palabras venían a su mente con celeridad y las letras estaban allí, al alcance de su mano, a montones. Solo tenía que mirar y ¡zas!, atrapar. Casi parecía, además, que las propias letras colaboraran en su empeño. Necesitaba una «S» y allí mismo aparecían media docena de «eses». Le hacía falta una «A» y solo veía «aes». Había creído que le costaría atraparlas con sus dedos y luego depositarlas en las páginas del libro, pero qué va. Ningún problema. Las tomaba de una en una sin que se le pegaran las otras por el contacto, y nada más depositarlas en su lugar correspondiente, ellas mismas se soltaban y se quedaban quietas, o incluso se movían un poquito para alinearse con las precedentes. Una maravilla. Lo más molestoso era lo de la linterna. Tendría que solucionarlo. Tal vez con una cinta alrededor de la frente, sujetándola, o con una gorra deportiva. Ya pensaría en ello.

Además, por si faltara poco, le costo un montón dormirse.

Estaba tan y tan y tan excitada...

Por eso cuando su madre la despertó, se sintió como si acabase de meterse en cama. No había dormido ni tres horas.

Zombi perdida.

Pero al abrir el cajón de su mesita de noche, y ver allí «su libro»...

Qué feliz se sentía.

Era el día más hermoso de toda su corta existencia.

Se duchó para quitarse el sueño de las orejas —lo cual sorprendió a su madre, ya que tenía que ir detrás suyo día sí día no para que lo hiciera—, y se fue al colegio tan cansada como satisfecha. Cada paso que daba era como si tuviera plomo en los pies. En cambio, en el corazón llevaba alas.

¡Menuda siesta se pegaría por la tarde!

Sobre todo porque por la noche quería volver. Seguir «escribiendo».

Cuando entró en la escuela, no pudo comentar nada con los demás. Llegó tan justo que solo tuvo tiempo de echar a correr y sentarse en su sitio antes de que se iniciara la primera clase. Le costó no dormirse. Pero lo que fue la segunda... Pensó en pintarse unos ojos encima de los párpados, para dormir y que la profesora no lo notara. La cabeza se le caía. No paraba de dar cabezadas. Tenía que pellizcarse, pincharse y darse patadas a sí misma. La maestra casi le estropeó la media hora de patio castigándola.

—¡Margarita!, ¿me estás escuchando?

—S-s-sí... señorita —saltó de su silla.

—¿Qué estaba diciendo?

—Ha-ha-hablaba de los diptongos.

Lo acertó. Por pura «chiripa» pero lo acertó.

Cuando por fin salieron al patio, llamó a sus más íntimos a su lado. Mónica, Elena, Nicolás, Palmiro, Emilia, Claudia, Amadeo y media docena más. Les dijo que tenía algo MUY IMPORTANTE que decirles y enseñarles y se fueron todos al rincón más alejado del lugar. Allí, de forma solemne, Margarita sacó su libro de la cartera.

—¿Qué os parece? —se lo mostró orgullosa.

No parecieron entender muy bien de qué iba la cosa.

—¿Qué es? —preguntó Nicolás.

—Un libro, bobo —respondió Margarita.

—Ya sé que es un libro, pero...

—La autora se llama como tu —señaló Claudia.

—Es que soy yo —anunció aún con más orgullo Margarita.

—¿Cómo que eres tú? —dijo Elena.

—Pues que yo lo he escrito —rectificó—. Bueno, lo estoy escribiendo. Aún no está terminado.

—Anda ya —no la creyó Mónica, que siempre era la más escéptica.

—¿Y con letras de imprenta? —la apoyó Emilia.

—Mirad, ¿veis?

Les pasó las primeras páginas. Había escrito exactamente tres antes de irse a la cama y abandonar la biblioteca. El resto del libro estaba en blanco.

—¿Por qué no tiene todas las letras iguales? —dudó Palmiro.

—Porque no estaba yo para buscarlas todas iguales, con la de letras que hay en la biblioteca.

Ahora sí la miraron mitad incrédulos mitad asombrados.

—¿Has ido a la biblioteca?

—¿Cuándo?

—¿Cómo has entrado?

Detuvo el alud de preguntas y se dispuso a contárselos. Bajó la voz aún más, para hurtarla a cualquier posible oyente no deseado.

—Ayer tuve una idea —comenzó a decir—. Según mi padre y los demás, a los libros se les han caído las letras porque nadie los leía. Y cuando intentaron ponerlas de nuevo, las letras resbalaban y no se quedaban en las páginas ni con cola. Eso debe ser porque querían poner letras al tuntún, y si una letra no era del libro se salía, ¿me seguís?

—Sí.

—Yo pensé otra cosa —siguió Margarita—. Veréis, los libros de nuestra biblioteca jamás volverán a ser lo que eran, eso seguro. No es que estén muertos del todo, pero al habérseles caído las letras de cada uno, lo que antes era *La isla del tesoro* ahora no es más que un libro en blanco, y lo que antes fue *Alicia en el país de las maravillas* lo mismo. Pero siguen siendo libros. Se han secado sus letras, pero ellos no están muertos. Y las letras tampoco. Siguen vivas, por separado pero siguen vivas. Así que pensé... ¿por qué no escribir nuevas historias en esos libros, aprovechando esos millones de letras que se han caído?

—¿Y funciona? —se asombró Ana.

—Míralo tú misma —Margarita sostuvo el libro en sus manos—. Anoche me escapé de casa, fui a la biblioteca, entré por la parte de atrás con una linterna, y me pasé varias horas escribiendo mi propio libro. Cuando empecé a poner las letras con la nueva historia, se quedaban inmediatamente pegadas, bueno... impresas, como si nunca se hubiesen separado de esa página. Eso demuestra aquello que dijo el profesor de ciencias hace unos días, que la energía no se crea ni se destruye, sino que se transforma. La energía de las letras y la de los libros sigue intacta... y solo hace falta que con esas viejas letras y esos viejos libros se escriban nuevas historias. Este libro —acarició su «obra»— a lo mejor era *Pinocho* antes de la caída de las letras, y en cambio ahora es mi cuento *La asombrosa historia de la niña invisible*.

—Es... genial —captó la esencia de todo aquello Petra.

—¡Qué fuerte! —reconoció boquiabierto Isidro.

—¿Se lo has dicho a tu padre? —quiso saber Palmiro.

Margarita negó con la cabeza.

—No quiso ni escucharme —dijo fastidiada—. Por eso me escapé de casa y me fui a probar por mi misma mi teoría.

—¿Se lo vas a decir? —preguntó Rafa.

—No —fue terminante Margarita—. Por lo menos de momento. No sé si me creería, pero de lo que sí estoy segura es de que se enfadaría por haberme escapado de noche, y luego me prohibiría volver a la biblioteca. ¡Y yo quiero seguir escribiendo!

—¿Vas a volver? —se animó Mónica.

—Esta noche.

—¿Tú sola? —vaciló Justa.

—Podéis venir si queréis. Anda que hay muchas letras. Te aseguro que no nos las acabaremos.

—¡Bien! —cantó Amadeo.

—¡Yo voy! —afirmó decidida Elena.

—¡Y yo! —dijo Claudia.

—¡Y yo! —dijo Luisa.

—¡Y yo! —proclamaron todos.

Margarita sonrió tan orgullosa como satisfecha. Incluso aquellos y aquellas que tanto pasaban de las clases de lengua, y se jactaban de no haber leído un libro en su vida, ahora estaban dispuestos a convertirse en escritores y escritoras.

Jugando, pero escribiendo al fin y al cabo.

—Esta noche, después de acostarnos, por detrás de la biblioteca —frunció el ceño como una conspiradora—. Llevad ropa cómoda y oscura, un jersey fino y una linterna con pilas nuevas, ¿de acuerdo?

11

Aquella noche, si algún vecino o vecina del pueblo se hubiese asomado a la habitación de su hijo o hija, se habría llevado un buen susto. Al menos en el caso de haberse acercado a la cama para comprobar los dulces sueños de su retoño y ver que en lugar de un

cuerpo humano lo que cubrían las sábanas era la almohada.

Aquella noche, si algún vecino o vecina del pueblo se hubiese asomado a una ventana para mirar a la calle, tal vez habría pensado que una plaga de ratas enormes, o de ladrones bajitos, estaba asolando la villa.

Por todas las calles se veían sombras furtivas y nada disimuladas, rumores quedos de pasos acolchados, respiraciones ansiosas y jadeantes.

Y todas corrían hacia el mismo lugar.

La parte de atrás de la biblioteca.

En realidad, Margarita se lo había dicho a su docena de amigos y amigas más cercanos, por edad o relación, pero cada uno de ellos, por «farde» o por compartir el secreto, se lo había dicho a alguien más, y a alguien más, y a alguien más. De tal forma que a la hora señalada, podía decirse que la práctica totalidad de chicos y chicas menores de catorce años y mayores de ocho o nueve se encontraba en la parte trasera de la biblioteca, con sus ropas oscuras, su jersey para el frío y su linterna en ristre, dispuestos a convertirse en escritores. Los hermanos y hermanas «mayores» pertenecían a otra raza, así que no había nadie por encima de esa edad tope. Dos o tres incluso llevaban antifaz, las chicas el pelo recogido, y Fortunato, que de mayor quería ser espía, llevaba un perfecto camuflaje de campaña, con la cara cubierta de betún negro. Sus ojos parecían flotar en medio de la nada.

Margarita quedó alucinada ante aquella turba de candidatos.

Al menos eran cincuenta.

—Nos van a descubrir —lamentó abrumada por el eco de su iniciativa.

Todos callaban y esperaban.

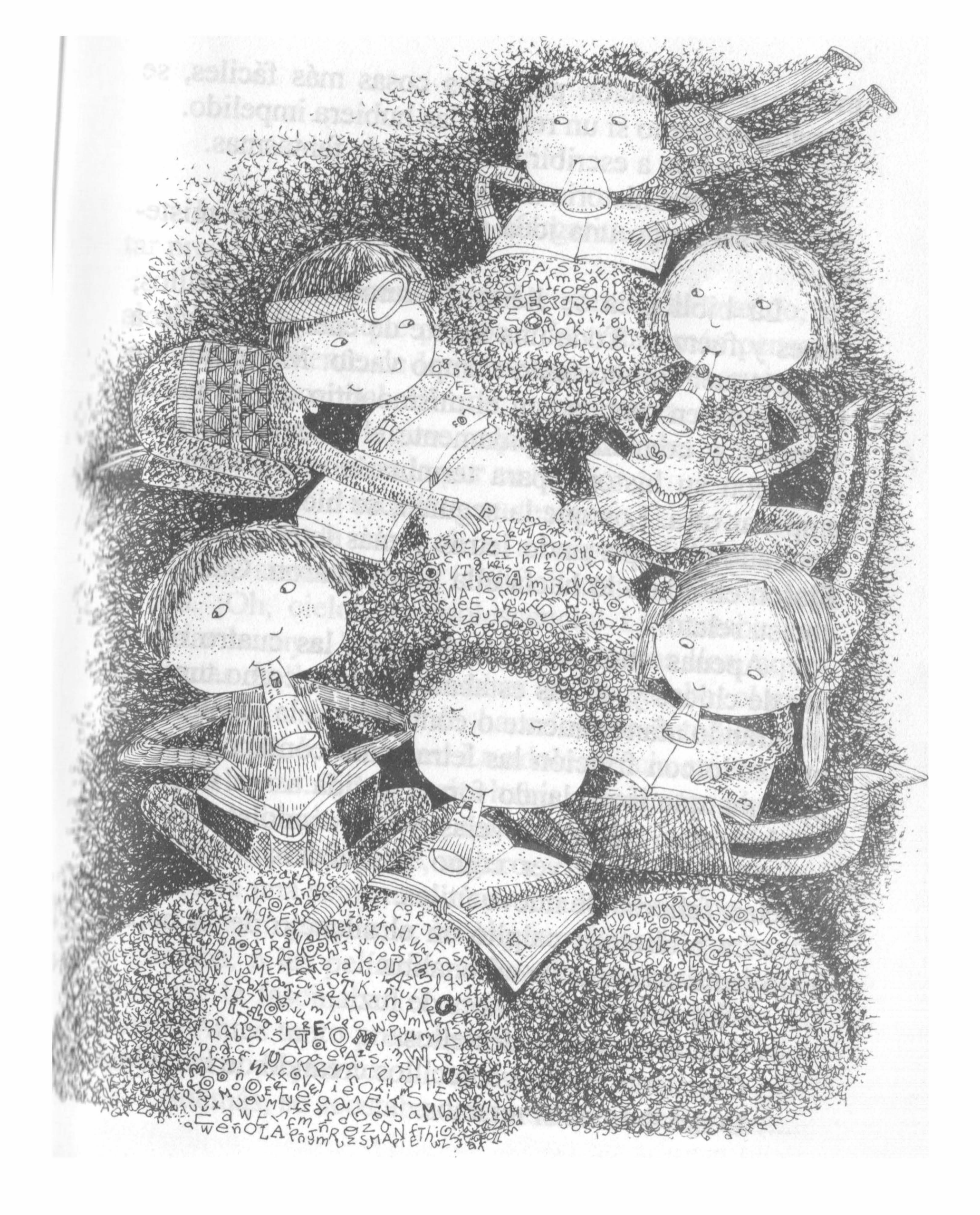
—De acuerdo —cuchicheó en voz muy baja tomando el mando y la responsabilidad de la operación—. El plan es éste: subimos por aquí, entramos por esa ventana, vamos por las estanterías hasta la parte del centro, que es la que está más despejada, y una vez en ella... a escribir. Pero recordad que el silencio es esencial para que no nos pillen. Y si alguien se cansa o tiene sueño, ya sabe lo que tiene que hacer: desandar lo andado, salirse y meterse en cama. ¿Estáis conformes?

Hubo un asentimiento de cabezas general.

—Andando.

Empezó a subir la primera. Lo hizo con su agilidad característica. Los demás no se quedaron atrás. Como monos, como auténticas arañas, treparon por las piedras de la pared y se colaron por la ventana. Una vez dentro encendían sus linternas. Quien más quien menos se estremecía entonces ante aquel espectáculo tan increíble. La visión de los libros en las estanterías, y las dunas de letras quietas abajo, dando vida a aquel desierto con aires mágicos, era sin duda sobrecogedora. Pero casi al momento, porque otros empujaban por detrás, reaccionaban y seguían a los primeros.

Sentían cosquillas en los dedos, ansiedades desconocidas en su cuerpo, y sus imaginaciones, tanto tiempo en paro forzoso por falta de interés, aburri-



miento o la atención por otras cosas más fáciles, se disparaban como si un resorte las hubiera impelido.

—Yo voy a escribir un cuento de fantasmas.

—Yo una historia de piratas.

—Yo tengo una idea para una novela de misterio.

La biblioteca se llenó de rumores, murmullos, goces y fuerzas. Toda una suerte de energías volvió a llenar aquel ámbito tanto tiempo vacío. Margarita fue la primera en sentarse en el mismo sitio que la noche anterior, y comenzó rápidamente el trabajo de continuar con su historia para terminarla cuanto antes y empezar otra. Los que la seguían, se hicieron un hueco a su lado, apartando letras y más letras. Luego se fijaron en cómo lo hacía ella y la imitaron. Cada cual con su relato.

Apenas unos minutos después, las cuatro docenas de chicos y chicas estaban callados como tumbas, respirando afanosamente o conteniendo la respiración, buscando con fruición las letras para confeccionar las palabras que iban dando forma y vida a sus respectivas historias, relatos, novelas, y colocándolas en el lugar escogido para ver cómo se quedaban allí, muy quietas, felices. De nuevo útiles.

La biblioteca palpitó en el silencio de la noche bajo tanta descarga de adrenalina.

Cincuenta o más haces de luz.

Cincuenta o más destellos.

Cincuenta o más geniecillos creando de la nada.

O del todo de sí mismos.

12

Leocadia, la madre de Margarita, empezaba a estar preocupada.

Y no precisamente por Benjamín, su marido, el alcalde, cada día que pasaba más triste, más pensativo, más pendiente de los continuos rumores que provenían de la capital. El que menos decía que iban a caer cabezas, y a exigirse responsabilidades, y a...

Estaba preocupada por su hija.

Algo raro le sucedía a su tesoro.

Estaba en la edad, claro, a un paso de abandonar la niñez y sumergirse en la difícil etapa de la adolescencia. ¡Oh, cielos, la adolescencia! Le bastaba con recordar la suya. Tantos problemas, tantos líos, aquellas ganas de llorar, de no saber qué le pasaba, el miedo a crecer, las ganas de hacerlo, los estudios, los amores... ¡Ah, los amores! La adolescencia era un maravilloso latazo. Y Margarita había crecido tan rápido.

Desde luego, era una mujercita. Ya.

Pero le pasaba algo, seguro.

Hacía una semana que no veía la televisión. Pero es que ningún programa. Ni siquiera la serie que tanto le gustaba, o las películas, o los documentales de bichos que la fascinaban. La televisión había dejado de existir. Antes tanto preocuparse porque veía demasiada, y ahora, de pronto...

Además, se acostaba cada noche tan temprano...

A las nueve ya bostezaba, y a las diez, en cama. Extraordinario. Dos semanas antes había que estar batallando todas las noches para que se acostara al menos a las once, y nada. Lo curioso era que ahora que dormía más, encima, por las tardes se pegaba unas siestas que para qué.

Vitaminas. Eso significaba que estaba baja de vitaminas.

Los estudios, el crecimiento, a lo peor los problemas del pueblo, que por culpa de la biblioteca andaba de cabeza... Sí, sí, tenía que llevarla al médico para que le recetara unas vitaminas. Un poco de control no estaría de más. Margarita atravesaba una edad difícil.

Leocadia suspiró. ¿Qué edad no era difícil?

Comenzó a ordenar la habitación. No lo entendía. Todo el mundo hablaba de los libros de la biblioteca, y allí, en la mesa de su hija, cada día aparecía alguno de nuevo. Se los debía prestar alguna amiga. Lo raro es que no la veía leer. ¿Para qué quería tantos libros si luego se metía en cama a la primera? Y parecían libros antiguos.

Ni siquiera se fijó en el título. Y menos en el autor.

Los libros infantiles eran tan singulares, tan inocentes, tan llenos de fantasías.

En aquel momento sonó el teléfono.

Leocadia salió de la habitación de su hija y fue a tomarlo. No bajó a la planta baja. Se metió en su habitación, se sentó en la cama y descolgó el auricular del de la mesilla de noche. La voz de Tigridia, la madre

de Mónica, llegó hasta ella con su característico sonsoniquete, como si hablara siguiendo unas invisibles ondas vocales que subían y bajaban su tono.

—Hola, Leo, ¿que tal?

—Ya ves, aquí, poniendo un poco de orden en la leonera.

—El cuarto de Margarita, ¿verdad? El de Mónica está igual.

—Con el problema de la biblioteca, y ella lo tiene cada vez más lleno de libros.

—El de mi Mónica también, ya ves tú.

—¿Desde cuándo a tu Mónica le gusta leer?

—¡Mujer! —se picó Tigridia—. Ya sabes que a estas edades lo que no les gusta hoy les gusta mañana. Además, crecen, y evolucionan, y aprenden. A lo mejor lo de la biblioteca les ha hecho reflexionar. La madre de Palmiro me ha dicho que su hijo también tiene desde hace unos días muchos libros en su habitación.

—Será una plaga. Aunque no hay mal que por bien no venga —manifestó Leocadia sin abandonar su perplejidad.

—A mí lo que me preocupa de veras es lo del sueño.

—¿No me digas que Mónica también se acuesta temprano y encima hace la siesta?

—Sí.

—Tigridia, me estás alarmando.

—¿Por qué?

—No sé, es raro. ¿Tu hija ve la tele?

—Desde hace una semana no, mira tú. Pero es que nada de nada de nada.

—¿Y eso no te parece extraño?

—Un poco sí, la verdad. Pero es como lo de los libros. No sé, supongo que les habrá dado un ataque de madurez.

—¿Tú crees?

—¿Qué otra cosa si no?

Leocadia no lo dijo en voz alta para no alarmarla. Primero el caso de la biblioteca. Ahora sus hijas... nada de tele, libros por todas partes, acostarse temprano y largas siestas... Tal vez no fuera cuestión de vitaminas. A lo peor... la misma maldición que había acabado con los libros de la biblioteca estaba ahora atentando contra los niños y las niñas del pueblo.

Leocadia se estremeció.

—¿Estás ahí? —cantó la voz de Tigridia.

—Ah, sí, perdona, ¿qué decías?

—Que cómo está lo de la capital. Me han dicho que fatal, ¿no? Anda que debe estar bueno Benjamín.

—Todo sigue igual. Muchos rumores pero nada. Y así pasan los días.

—Mira que hemos tenido mala suerte, ¿eh?

—Y que lo digas.

—Ahora estoy contenta de que mi marido no se presentara para nada —subió y bajó la voz de su amiga—. Seguro que no sale nada bueno de todo esto, ¡pobre Benjamín, con lo buena persona que es y lo mucho que se preocupa por el pueblo!

Era una cotilla. Su marido bien que habría querido el puesto de concejal de urbanismo, para mangonear a su antojo.

Leocadia se mordió el labio inferior.

En el fondo seguía pensando en Margarita. Y en su extraño comportamiento de aquellos últimos días. Prácticamente desde que saltó el caso de la biblioteca.

¿Casualidad?

—Leo, ¿Leo? ¡Ay hija, parece que ni me escuchas! ¿Estás ahí, Leo?

13

Tenían mucho sueño, muchísimo sueño, cada vez más sueño, y se estaba despertando la alarma en todas partes, en sus casas, en el colegio...

Elena se había quedado dormida en clase de matemáticas.

¡Y Amadeo en gimnasia! ¡De pie!

Ahora mismo, Rafa, Luisa y Elena estaban durmiendo a pierna suelta bajo un árbol, en pleno recreo.

El resto apenas si se tenía en pie.

—Deberíamos parar un poco —aconsejó Emilia.

—¡Es que es tan excitante! —puso cara de pena Petra.

—Ya, pero si nos pillan, se nos va a terminar la aventura —reconoció Margarita, que de alguna forma se había convertido en la líder de todos ellos por haber sido quien había descubierto el nuevo secreto de la biblioteca.

—Si es que anoche quería irme a la una, pero como me pilló a mitad de un capítulo tan emocionante... —lamentó Claudia.

—Sí, a mí me dieron las dos —reconoció Nicolás.

—Y a mí.

—Y a mí.

—Y a mí también.

Todos estaban igual. Escribir era el nuevo pasatiempo. Más que eso. Era su nueva fuerza y vocación. Tenían cada día más y más ideas. Terminaban con una y ya les salía otra. Sin parar. Y ver cómo el libro iba formándose a medida que lo hacían, ya impreso y todo, aunque fuera con aquellas letras tan distintas entre sí, resultaba tan apasionante.

Como marcar el gol del campeonato en el último minuto de la final.

—¿Y si nos llevásemos las letras a casa?

Lo habían pensado, pero en primer lugar ya no sería lo mismo. Era como si la biblioteca les diese energía. En segundo lugar, temían que allí, en sus casas, serían descubiertos. Una letra caída, o ser sorprendidos «in fraganti» por sus padres, acabaría con todo aquello.

Y nadie quería que acabase.

Querían que durase siempre, siempre, siempre.

—¿Qué haremos si se llevan los libros y las letras como dicen que harán?

No querían pensar en ello. Por eso apuraban las horas y los minutos cada noche.

—¿Y si la cierran?

Ninguna respuesta.

—Deberíamos decírselo a nuestros padres —aceptó Ana como si no hubiera otra solución a la postre.

—Hemos descubierto una forma de volver a tener biblioteca, ¿no? Nuestra propia biblioteca, y nunca mejor dicho. Tendrían que estarnos agradecidos.

Miraron a Constanza, que a veces era un poco ingenua.

—Los mayores nunca reconocen nada que hagamos nosotros —se quejó Mónica.

—Ni bien ni mal —dijo Amadeo—. Si lo hacemos nosotros, es «cosa de niños» —puso cara de mayor con un repentino ataque de bobería suprema.

—Yo intenté enseñarle a mi padre uno de mis libros —manifestó Emilia en voz muy baja, como si se sintiera culpable.

—¿Que hiciste qué?

—Pues eso, que le dije que lo había escrito yo.

—¿Y que hizo él? —se envararon todos.

—Nada. Se lo puse en las manos, lo miró, no lo vio, porque puso esa cara de mirar sin ver que suelen poner los mayores cuando fingen que les interesa algo pero pasan de ello, y luego me dijo que «estaba muy bien» pero que «no perdiera el tiempo con tonterías y estudiara más».

—Muy propio de ellos —asintió Isidro.

—¿Ni siquiera lo abrió?

—No. Y eso que además de haberlo escrito lo había dibujado.

Emilia dibujaba muy bien. Así cualquiera. Sus libros eran de los mejores, porque los ilustraba y todo.

—Bueno, en realidad yo también quise enseñárselo a mi madre —reconoció Justa.

—¿Y?

—Pasó más o menos lo mismo que con Emilia. Mi madre me dijo que no quería ver un libro ni en pintura, que la culpa de lo que nos pasaba y de que el pueblo estuviese patas arriba, era de los libros.

—Sí, están bastante nerviosos —aseguró Mónica.

—Muy nerviosos —apostilló Constanza.

—Muchísimo —insistió aún más Nicolás.

—Los mayores están locos, locos, locos —dijo Fernando así, como sobrado.

—Ése es un buen título para un libro —le aplaudió Palmiro.

—Pues es mío, ¿eh?

—Desde luego, no escuchan —continuó con lo de poner a saco a los mayores Amadeo—. Y encima se creen que lo saben todo.

—Yo no sé para que nos tienen, si siempre están diciendo que no a todo —fue un poco más allá Petra.

—Y que no sabemos nada.

—Y que no molestemos.

—Porque hagamos lo que hagamos, siempre molestamos.

—Y que no estemos en medio.

—Porque aunque estemos pegados a la pared, resulta que estamos en medio de algo.

—Y que... —Isidro buscó nuevos argumentos tras el último alud de quejas y protestas, pero ya no

encontró ninguno, así que se limitó a refunfuñar un sonoro—: ¡Que asco!

—Y que lo digas —asintieron todos.

Miraron a Margarita, que se había mantenido al margen de la oleada de protestas y reconvenciones. La niña tenía la vista fija en el suelo, pero no estaba dormida. Solo pensativa.

Ella también temía que cada noche fuese la última, y que se les acabase el sueño de escribir e imprimir al mismo tiempo sus libros.

Aunque siempre podía seguir haciéndolos a mano, con bolígrafo, en una libreta, como antes. Todo menos dejar de escribir, que era apasionante.

—¿En qué piensas, Marga? —la movió Mónica por si a pesar de todo estaba dormida con los ojos abiertos.

—En que vamos a seguir mientras no pase nada —dijo ella—, y luego, cuando se descubra, porque tarde o temprano lo sabrán o tendremos que decírselo, ya veremos qué hacemos. Lo que está claro es que no sirve de nada preocuparse por las cosas antes de que pasen.

Una vez más reconocieron que su amiga tenía razón.

14

Aquella noche había «overbooking» en la biblioteca.

Estaban tan apretados, que apenas si podían moverse. Y eso que habían apartado varias montañitas de letras, apilándolas en otro lado, para hacer sitio.

—¡Ay, que no me dejas escribir! —se oía protestar a Petra.

—Mira quien habla, si es que te pones como si estuvieras en tu cuarto —contraatacaba Miranda.

—Oye, ese montón de letras es mío, haz el favor de buscarlas en ese otro, ¿quieres? —defendía su parcela Elena.

—¿Qué pasa, que tienes la exclusiva o qué? —pinchaba Mónica—. Yo también seleccionaré todas las letras de colores mañana antes de empezar.

—Bueno, pues hazlo.

—¿Queréis callaros? —rezongó Amadeo—. Así no hay quien se concentre.

—¡Huy, el Cervantes! —se rió Luisa.

—Yo pienso antes de escribir, no como otras que ponen lo primero que se les ocurre.

—Lo que pasa es que algunos somos genios y otros no.

—¿Genio? ¡Si hace un mes no sabías ni escrib...!

—¡Silencio! ¡Van a oírnos desde la calle! —ordenó Margarita.

Le hicieron caso.

Empezaban a pasarse los libros escritos unos a otros, y todos reconocían que los mejores, los más divertidos, alucinantes, sorprendentes y escritos con mayor soltura y calidad, eran los de ella.

Eso la situaba por encima de la media.

Aunque tampoco les importaba demasiado. Lo esencial era que se lo estaban pasando en grande con aquello.

Trabajaron otra media hora en silencio, hasta que Ana lo rompió al comentar:

—¿Creéis que nos acabaremos todas las letras?

Algunos y algunas miraron las montañas de letras. Llevaban escritos un montón de libros, a lo largo de aquellas tres semanas, y no parecía que se notara en lo más mínimo.

—Es imposible —dijo Palmiro.

—Todo se acaba, así que no digas que es imposible —insistió Ana.

—No nos acabaríamos estas letras, ni lo libros, aunque viviéramos cien años —aseguró Luisa.

—¿Y si se acaban, qué? Escribiríamos otra vez a mano, con papel y bolígrafo —se encogió de hombros Claudia.

—Pero entonces no los tendríamos impresos y publicados, como ahora —se entristeció Petra.

—Ya seríamos mayores, y los publicaríamos en una editorial —dijo Luisa—. Así también los tendríamos en las librerías, y los venderíamos, y los leería mucha gente y seríamos famosos.

—Y nos pagarían por ello —cerró la idílica visión de su futuro como escritores Rafa, que siempre iba a lo práctico.

Todos lo imaginaron. Un auténtico sueño.

—Qué pasada sería eso, ¿verdad?

—Qué fuerte.

—Escritores en serio.

Dejaron de escribir. Fue casi como si el tiempo se detuviera en mitad de todos ellos, envolviéndolos, arropándolos con su lasitud, haciendo que aquello que flotaba en sus mentes cobrara forma hasta casi poder tocarlo con las manos.

Escritores y escritoras.

Se harían películas con sus obras, se leerían en los colegios de todo el país, y en los de otros países, viajarían, la gente les querría porque a los artistas siempre se les quiere, darían conferencias, saldrían por la tele en esos programas que nadie veía nunca porque decían que eran aburridos y preferían las películas, los concursos y los seriales lacrimógenos.

Un mundo de ensueño.

Y todo por pasarlo bien.

Escribir.

—Pensar que nunca leímos estos libros —musitó con voz muy triste Margarita mirando las estanterías repletas al tiempo que las enfocaba con su linterna.

Los demás hicieron lo mismo.

—Imaginad que nadie leyera nunca los nuestros —dijo Nicolás.

Qué triste.

—Yo pienso en los hombres y las mujeres que los escribieron, que se pasaron, como nosotros ahora, horas y horas, días y días, semanas y semanas, meses y meses, años y años, toda su vida para hacerlos. Y ahora ni siquiera sabemos quiénes eran.

—Solo se han perdido nuestros libros, en esta biblioteca —recordó Elena.

—¿Y si pasara lo mismo en todas las bibliotecas del mundo, porque nadie entre en ellas para leer los libros, como ha sucedido aquí? —insistió Margarita.

—¿Crees que en todas partes serán tan brutos como nosotros? —dudó Palmiro.

—En todas partas hay personas que no leen nada, nunca, como tú mismo antes —le recordó Margarita.

Palmiro se puso colorado.

Habían dejado cerrar la biblioteca. Ni les había importado. Esa era la realidad. Total, ¿para qué preocuparse? La biblioteca siempre había estado allí, repleta, polvorienta, añeja, más histórica que real, como la iglesia o el campanario, con la pobre señorita Virtudes envejeciendo al paso de unos años estériles en los que había tratado de combatir la incultura y la desidia con su solitario entusiasmo.

Lo iban recordando.

Eran niños, pero tenían memoria.

—Volverá a ser como antes —dijo Margarita bajando la linterna—. Vamos a escribirlos todos de nuevo.

—Entonces serán mejor —afirmó con orgullo Emilia, que a optimista no la ganaba nadie.

—Desde luego —se pavoneó Nicolás—. Mucho mejor esta novela mía, *El caso del bandido con la cicatriz en forma de W en la espalda*, que lo del *Quijote*.

Y todos se echaron a reír.

Aunque Nicolás no supo muy bien si era por lo del *Quijote*, por la comparación, o por lo de la *W*.

(C)

LA GRAN SORPRESA

15

Benjamín Eulate ya estaba para el arrastre.

Un mes desde la visita del profesor Acacio Robledal. Un mes sin noticias de la capital. Un mes de rumores, llamadas infructuosas, excusas tontas tales como «el señor ministro no está» o «se está estudiando su caso». ¿Cómo no iba a estar el señor ministro? ¿Y cómo se estaba «estudiando» su caso? ¿Qué había que «estudiar»?

Aquella incertidumbre lo estaba matando.

Había perdido cinco kilos, tenía unas ojeras tan grandes que de haber ido a la compra no le habría hecho falta cesta para meter las cosas, se afeitaba cada tres días porque estaba hecho polvo y apenas si comía ni dormía. Cada vez que sonaba un teléfono pegaba un salto como si llamase a su puerta un Inspector de Hacienda. Si el tren se detenía en la estación, cosa que anunciaba con tres sonoros pitidos, iba corriendo por si llegaba alguien de la capital. Los coches que se detenían en la fonda a comer o a comprar recuerdos en la Plaza Mayor, los espiaba con el corazón a todo trapo saliéndosele del pecho.

Era como si esperase una orden de ejecución.

El único alcalde del mundo en cuya ciudad a su biblioteca se le habían secado los libros.

En aquel momento estaba sentado delante del televisor, pero como lo tenía apagado, lo único que reflejaba la pantalla era su cara demacrada. Era como ver una película de terror.

Y no tenía ni fuerzas para alargar la mano y darle al mando a distancia. Total, para ver un partido de fútbol entre un equipo suizo y otro austríaco, no valía la pena. Y los concursos en los que todo el mundo reía y hacía ver que se lo pasaba en grande, menos. Y no digamos uno de esos seriales de romper a llorar.

La vida era un asco.

Pensar que de niño, y de joven, leía libros a patadas, y se había pasado horas y horas en la biblioteca, revolviendo por sus estanterías en busca de cosas nuevas y fascinantes.

¿En qué momento de su vida se había olvidado de lo feliz que era leyendo?

Libros. Libros. Libros.

—¡Libros!

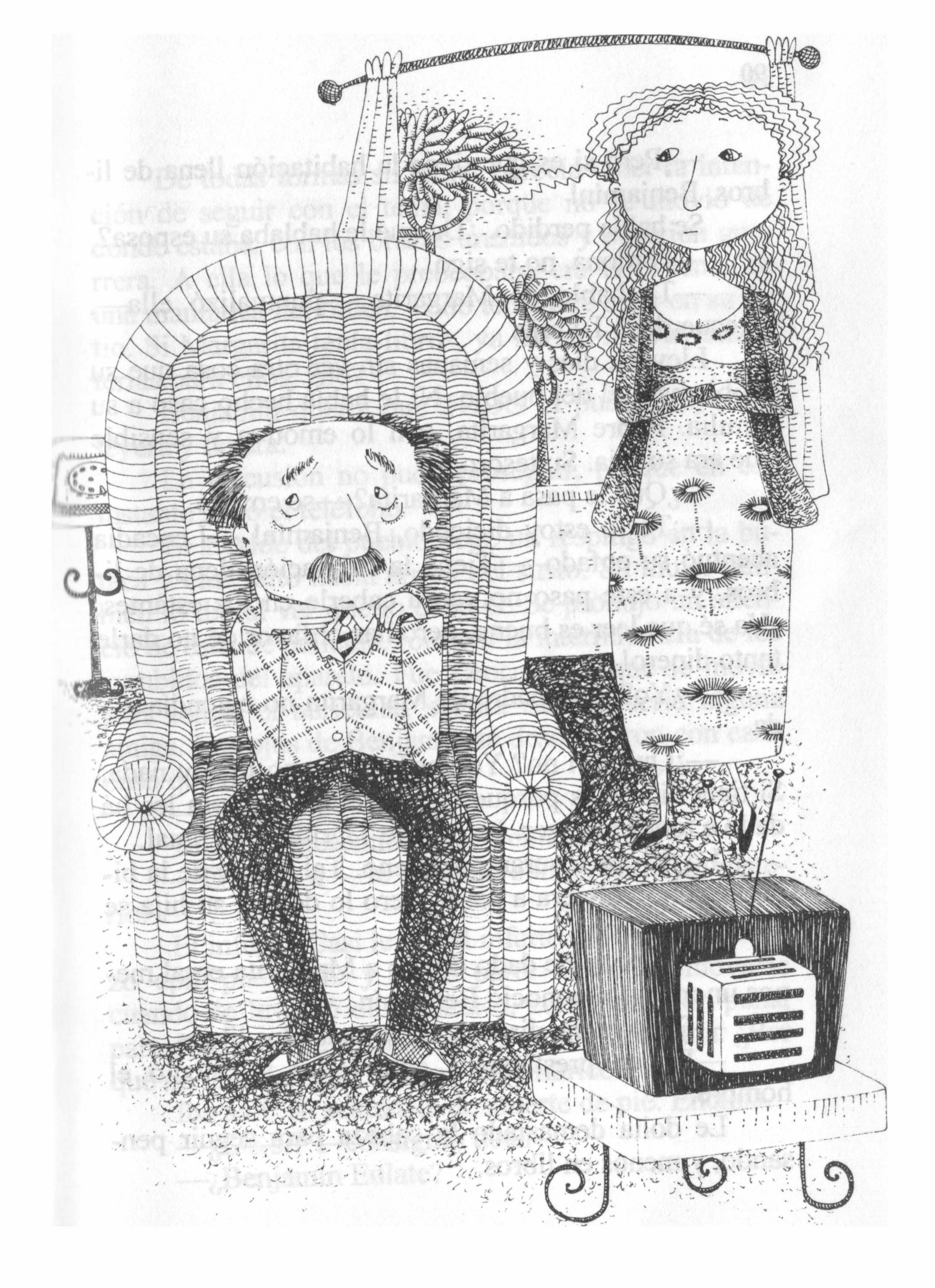
Se le antojó que era un eco, pero no, era su mujer. Estaba allí, delante de él, con los brazos cruzados, cara de enfado y pose de combate, o sea, con un pie dando golpecitos en el suelo.

—¿Eh? —balbuceó el alcalde del pueblo levantando la cabeza.

—¡Libros! —repitió ella.

¿Se lo decía a él? ¡Ya sabía que el problema era por los libros!

—Leo, cariño...



—¡Pero si es que tiene la habitación llena de libros, Benjamín!

Se había perdido. ¿De qué le hablaba su esposa?

—Perdona, no te sigo.

—Te hablo de Margarita —puntualizó ella—. ¿Recuerdas? Tu hija.

Llevaba días y semanas sin ver otra cosa que su problema y el del pueblo. Ni le había hecho caso a su familia. Pobre Margarita, con lo emotiva y sensible que era su hija. Su tesoro.

—¿Qué le pasa a Margarita? —se envaró.

—¡Te lo estoy diciendo, Benjamín! —Leocadia acentuó su enfado—. Tiene la habitación llena de libros, y a este paso no van a caberle en los estantes. ¡Ya sé que leer es bueno, pero haz el favor de no darle tanto dinero!

—¿Yo? —el padre de Margarita no entendía nada.

—¿Quién si no? Yo desde luego no le doy nada. Si tiene libros es porque se los compra. Ahora les ha dado a todos por leer. La hija de Tigridia está igual.

Lo de que leyeran era bueno. Tal vez lo de la biblioteca no volviera a pasar, pero lo de que su hija se comprara libros...

—Yo no le he dado dinero a Margarita en al menos un mes —reconoció Benjamín.

—Pues ya me dirás de donde saca los libros.

—Deben prestárselos entre ellos —calculó el hombre.

Le dolía demasiado la cabeza para seguir pensando, y menos en libros.

De todas formas su mujer parecía tener la intención de seguir con el tema, porque no se movió de donde estaba, con los brazos cruzados y posición guerrera. A ella lo que le preocupaba era el orden. Era una maniática del orden. Todo tenía que estar en su sitio. Si Margarita tenía libros, ya harían nuevas estanterías para ellos, ¿no?

Benjamín quería que TODO el pueblo leyera y leyera y leyera.

La discusión no pudo proseguir, porque en ese instante sonó el teléfono.

El alcalde del pueblo pegó un respingo en la butaca y casi saltó hacia arriba del susto. Su mujer también lo dio al ver que lo daba él. Se produjo un silencio de esos de película, roto por la intermitencia de los zumbidos del aparato. Fue Leocadia la que se movió para tomar el auricular, segura de que sería alguna amiga. Los ojos de Benjamín se desorbitaron con cada paso que dio su esposa.

—¿Diga?

Tenía un presentimiento. Tenía un...

—Es para ti —le anunció ella—. Del... ministerio.

El infarto. Casi le dio el infarto. El corazón le hizo «plif-plaf-plof» y se le paró. Volvió a moverse cuando se levantó de la butaca, como alma en pena, para alcanzar el auricular que le tendía Leocadia. ¿Por qué no tendrían uno de esos inalámbricos?

Iba a oír su sentencia de muerte de pie. Encima.

—¿S-s-sí? —consiguió decir.

—¿Benjamín Eulate?

—S-s-sí.

—Soy Amelisa Ruiperez-Cabrales, la segunda secretaria del señor ministro —cantó la voz alegre de la mujer que tenía al otro lado del hilo telefónico—. Es para notificarle que pasado mañana, a mediodía, el señor ministro vendrá a verles.

—A-a-ah —se le volvió a parar el corazón.

—El señor ministro no quiere actos protocolarios ni recepciones ni agasajos, ¿de acuerdo? Es una visita estrictamente de trabajo. Dispóngalo todo para que así sea.

Silencio.

—¿Señor Eulate? —cantarineó la voz de la segunda secretaria.

—E-e-estoy a-a-quí —consiguió balbucear mientras se preguntaba cuanto tiempo lograba vivir uno con el corazón parado, porque el suyo, desde luego, esta vez, no volvía a echar a andar.

—Muy bien —se despidió la feliz Amelisa—. ¡Hasta pasado mañana! ¡Que tenga una buena noche!

Y colgó.

Benjamín miró a su mujer.

—Pasado mañana —gimió—. Vienen pasado mañana con la guillotina, por lo menos.

Y acto seguido, arrastrando los pies, regresó a la butaca para, al menos, morirse cómodamente sentado y no de pie, cosa que tenía que ser de muy mal gusto.

16

Leocadia no podía dormir.

Por un lado, su marido, estaba realmente al borde del infarto. La noticia de la visita del señor ministro dos días después, le había puesto patas arriba las pocas fuerzas que le quedaban. Tras la llamada, blanco como la cera, con los ojos desorbitados, se había puesto a desvariar. Que si le meterían en la cárcel, que si le harían pagar la biblioteca entera, que si era culpa suya, que si la vergüenza y el hazmerreír nacional, que si esto y lo otro y lo de más allá.

Leocadia no creía que fuese para tanto.

¿Por unos libros? No, seguro que a fin de cuentas exageraba. Se tomaba demasiado a pecho lo de ser alcalde. Eso.

Le había hecho tomar un litro de tila y, al menos, ahora dormía a pierna suelta a su lado, aunque debía soñar algo porque no paraba de moverse, dar patadas, gemir y cosas por el estilo.

La que no dormía era ella.

Pero no solo por el estado de su Benjamín, sino también por el extraño caso de los libros de su Margarita. Benjamín ya era adulto y sabía dónde se metía cuando quiso ser alcalde, pero su tierna, joven, incauta y aún inexperta hija...

La habitación cada día más llena de libros.

Lo del sueño, acostarse temprano, hacer la siesta.

No ver la televisión.

Y todos aquellos libros, ¿para qué?, si seguía sin verla leer nunca.

Estaba en la edad peligrosa. La edad de las malas influencias. La edad de seguir por el buen o por el mal camino. En un pueblo era difícil seguir por un mal camino, pero aún así...

Y como, encima, era tan reservada.

Benjamín le soltó una patada que más que una patada fue una coz de burro, porque también profirió una especie de rebuzno mezclado con un ronquido la mar de desagradable. Eso fue lo que la hizo levantarse, aunque ya estaba pensando hacerlo de todas formas.

Ella también necesitaba una tilita.

Fue a la cocina, pero sin saber cómo, sus pasos la encaminaron hacia la habitación de su hija. Igual que un imán. Se detuvo en la puerta y se dijo que no sería tan tonta como para abrirla. La abrió.

Margarita dormía tranquilamente. Se veía el bulto de su cuerpecito en la cama, arropada hasta arriba del todo. Respiró como «mater amantísima» y se dispuso a cerrar la puerta para volver a lo de la tila.

No la cerró. Miró la mesa en la que estudiaba y trabajaba, con todos aquellos libros apilados junto a la pared. Suspiró y entró. La luz exterior le permitía ver con detalle hasta los títulos de aquellas obras. Tomó una: *El fantasma de la sábana negra*. Tomó otro: *La cremallera agotada de tanto subir y bajar*. Tomó un tercero: *Cuando la semana tuvo siete domingos*. Tomó un cuarto...

Lo dejó caer.

Qué casualidad. La autora de aquel último libro, el de los domingos, se llamaba igual que su hija: Margarita Eulate.

Miró los otros dos.

«Margarita Eulate» uno y «Margarita Eulate» el otro.

Y los tres estaban escritos con aquellas letras desiguales.

—No... puede ser una casualidad —se dijo boquiabierta.

Abrió uno de los libros. Por dentro también estaba impreso con letras de todos los tipos y colores. Pero verdaderamente impreso, no hecho a mano. Abrió el segundo y el tercero. Este último, además, tenía dibujos.

El mismo tipo de dibujo infantil que solía hacer Margarita para regalárselos por su cumpleaños a ella o a su padre

No entendía nada.

Agarró más libros.

Todos estaban escritos por Margarita Eulate.

Todos tenían títulos a cual más curioso.

Y todos eran viejos, muy viejos.

Pasó una mano por una pagina solo para estar segura de que las letras no se despegaban.

No se despegaron.

¿Cómo tenía su hija de diez años tantos libros escritos por ella, impresos, y a cual más viejo?

—¡Ay, Señor! —suspiró.

Se acercó a la cama. No quería despertarla, pero desde luego, por la mañana, tendrían unas palabritas, ¡vaya que sí!

Apartó un poco el embozo para verle la dulce cara a su querida y problemática hijita.

No había cara.

Ni cuerpo.

No había nada.

Retiró la sábana del todo y descubrió las dos almohadas estratégicamente colocadas para dar la sensación de que allí había alguien.

Ahora, a la que se le paró el corazón, fue a ella.

Un segundo.

Luego dio media vuelta y echó a correr mientras se ponía a gritar con toda su alma:

—¡Benjamín! ¡Benjamín, despierta! ¡Benjamín!

17

Benjamín Eulate soñaba. O mejor decir «pesadillaba».

Sí, porque con los sueños, se sueña, pero con las pesadillas ¿qué se hace?

En aquel momento, como en los tiempos de la Santa Inquisición, iba en un carro de madera tirado por dos burros, con las manos atadas a la espalda, la cabeza rapada al cero, vestido con una simple sábana que en otro tiempo debió ser blanca pero que ahora estaba llena de mugre y bichos muy sospechosos, y

descalzo sobre la paja asquerosa que cubría el lecho del carro. Por delante, a caballo, iban el presidente del Gobierno y el ministro de Cultura. Por detrás, a pie, el resto de ministros, y todos los alcaldes de todos los pueblos y ciudades del país. Por si fuera poco, la comitiva transitaba por en medio de la Gran Avenida de la capital, y a ambos lados de la misma, los habitantes de la ciudad le insultaban y le tiraban todo tipo de frutas, verduras y hortalizas. Cuando no se estrellaba contra su frente un huevo, lo hacía contra su cara un tomate o contra su pecho una coliflor. Y aun, eso era soportable. Los insultos en cambio...

—¡Tonto!

—¡Eres más burro que los dos que te llevan!

—¡Ignorante!

—¡Dejaste morir toda una biblioteca, inculto!

—¡Que quemen el pueblo entero!

La carreta llegaba a su destino. En medio de la plaza había una hoguera dispuesta para ser encendida. Le hacían bajar a golpes. Todo el mundo agitaba un libro en sus manos, prueba inequívoca de que se trataba de gentes cultas.

—He sido un buen alcalde —dijo en voz alta.

El griterío se hizo ensordecedor.

—¡He sido un buen alcalde! —gritó.

De pronto, una figura humana lograba atravesar los cordones de seguridad y corría hacia él. Primero pensaba que era peligrosa, que quería hacerle daño, pero no, nada de eso. Se trataba de Leocadia. Su pobre esposa. Iba muy sucia, descalza, con el pelo as-

queroso y un vestido que daba pena, pero eso no le importaba.

—¡Benjamín!

—¡Leocadia!

—¡Benjamín!

Su mujer le sostenía con las dos manos, le zarandeaba, le gritaba.

—¡Benjamín!

—¡Ya te oigo, estoy aquí!

—¡Benjamín, despierta! ¡Quieres abrir los ojos!

¿Abrir los ojos? Los abrió.

Sí, era su mujer, y le estaba llamando, gritando, zarandeando, pero no estaban en una plaza, en la Gran Avenida de la capital, y por supuesto ni ella iba hecha un asco ni a él iban a quemarle. Estaba en su casa, en su cama.

—¿Qué, qué...qué?

—¡Desde luego, parece mentira! —le continuó gritando Leocadia muy enfadada—. ¿Dónde estabas, eh? ¡Qué manera de dormir!

Encima le soltaba la bronca.

—¿Qué... pasa? —se despejó de golpe.

—¿Qué pasa? ¡Pues pasa que tu hija no está en su habitación, durmiendo, eso es lo que pasa!

Cuando Margarita hacía algo bien solía ser «mi hija», todo lo más y en plan condescendiente, «nuestra hija». Pero cuando hacía algo malo era «tu hija». Qué cosas.

—¿Cómo que no está...?

—¡Pues eso, que no está en su cuarto! —Leocadia estaba más que enfadada, estaba enfadadísima—.

¡Ha dejado una almohada en su sitio, lo cual prueba que lo ha hecho a posta!

—Tendrá novio —se le ocurrió decir.

Leocadia casi se le echa al cuello.

—¡Quieres hacer el favor de no decir tonterías! ¡Levántate!

Se levantó, se levantó.

No tuvo tiempo de hacer gran cosa. Aún no estaba en pie del todo cuando ella ya le había agarrado por un brazo y tiraba de él.

—Pe-pe-pero...

—¡Ven!

Fue.

Tropezó, casi se cayó, pero logró aguantar hasta el final, que no era otro que la habitación de su hija. Entraron en ella —más bien Leocadia lo entró arrastrándolo y a empellones—. La cama estaba descubierta y las dos almohadas bien visibles. Sin embargo lo que su mujer quería que viese no era aquello, sino lo que estaba encima de la mesa de trabajo de Margarita.

—¡Mira esto! —le puso un libro en las manos.

Un libro de cubiertas rojas, muy viejo, viejísimo, como de uno o dos siglos antes, aunque su título era más bien peregrino, muy poco «antiguo».

El monstruo de la realidad virtual.

—¿Lo ves? —Leocadia seguía hablando como si él estuviese a cien metros, no a un palmo.

—Ya, ya, ¿y qué?

—¡Mira la firma!

—Margarita Eulate —ahora sí bizqueó. Y lo repitió de nuevo—: ¿Margarita Eulate?

—¡Todos los libros están escritos por ella! ¡Y todos están impresos, y con letras muy raras! ¡Tan raro como es todo esto!

Miró más libros. *El ciempiés zapatero*, *El largo viaje del cometa dorado*, *La alegre señora Cascarrabias*...

—No entiendo nada —reconoció.

—Benjamín —Leocadia le pegó su nariz a la suya—, aquí está pasando algo MUY raro.

A lo mejor en el pueblo sucedían fenómenos paranormales. A lo mejor todo era culpa de eso. A lo mejor no se le caía el pelo cuando llegase el señor ministro.

—¿Dónde está Margarita? —le cortó de raíz sus esperanzas Leocadia.

18

Tigridia, la madre de Mónica, también soñaba. Y lo suyo sí era un sueño-sueño.

Acababa de ganar el concurso anual de vestidos de papel, que por lo general solía ganar Narcisa, la de la papelería. No tenía la menor duda de que Narcisa copiaba sus modelitos de catálogos extranjeros, y que se hacía traer métodos nuevos y revolucionarios para cortar y coser el papel, amén de papeles hermosísimos para tal efecto, que por algo tenían la papelería. Por eso ganaba cada año.

Pero en esta ocasión...

—¡Ganadora del Gran Concurso anual de vestidos de papel... Tigridia Escalope!

Se ponía en pie, emocionada. Todo el pueblo la aplaudía a rabiar. Todos menos Narcisa, naturalmente. Ella se moría de envidia, iba a darle una apoplejía. Entonces Tigridia caminaba despacio, recreándose en su gran momento, hacia el estrado, donde iban a imponerle la banda de vencedora, y a darle el ramo de flores y la placa. La bonita placa que pronto estaría en su sala, presidiendo la chimenea.

Era el día más feliz de su vida.

Mientras subía la escalinata escuchó un timbre.

Qué extraño, por allí no había ningún timbre.

Todos tenían los teléfonos móviles apagados en tan solemne acto.

Y el timbre seguía oyéndose.

—Tigridia.

Era la voz de su marido.

Abrió los ojos.

No estaba en la plaza, no acababa de ganar el concurso, todo había sido un sueño, el timbre era el de su teléfono y Efrén el que la estaba despertando para que se levantara y contestara.

Le miró irritada.

—¡Podías levantarte tú!, ¿no?

—Pero si será para ti, como siempre. Tu madre con su insomnio.

Eso de ser hija única... Pero no, no, su madre ya había ido al médico y ahora dormía a pierna suelta con las pastillas de caballo que le daban.

Miró el reloj luminoso de su mesita de noche. La una de la madrugada. Fuera quien fuera la persona que llamase, se iba a llevar una buena bronca. ¡Qué valor! ¡Qué desfachatez!

Salvo que fuese una desgracia.

Sí, la gente llamaba a la una de la madrugada siempre para dar malas noticias.

—¡Ay, ay, ay! —se agitó nerviosa.

Se puso en pie, calzó sus zapatillas, y salió disparada rumbo a la sala, para agarrar el auricular antes de que también se despertase Mónica. Solo faltaría eso.

En su fuero interno deseaba que la llamada fuese para Efrén.

¡Huy, lo que la molestaba que su marido siempre tuviese razón!

—¿Sí? —preguntó con voz trémula.

—¡Tigridia!

Era Leocadia.

—Leo, ¿qué pasa? ¿Has visto la hora que es?

—¡Calla! —la conminó el grito casi histérico de su amiga— ¡Haz el favor de ir al cuarto de tu hija y mira si está allí!

—¿Y dónde quieres que esté a esta hora? —vaciló perpleja, porque aún le dolía haber despertado de su sueño y trataba de aferrarse a él para ver si lo recuperaba cuando volviese a la cama.

—¡Tú haz lo que te digo! —el grito de Leo le atravesó las trompas de Eustaquio, que pese a ese nombre tan extraño, sabía que estaban en los oídos junto a los tímpanos.

—Vale, vale.

Cuando Leocadia se ponía de aquella forma, lo mejor era hacerle caso. Dejó el auricular junto al aparato y se fue corriendo a la habitación de su hija. No hizo más que entreabrir la puerta.

El cuerpecito de su adorable retoño estaba allí, bien tapadito por las sábanas de colores que le había regalado su madre por Navidad.

Volvió a la sala. Dispuesta a enfadarse ahora ella con su amiga.

—Mi hija está durmiendo —anunció triunfal—. ¿Y ahora puede saberse qué...?

—¿La has visto de verdad? ¿Quiero decir que si era ella, su cara, su cuerpo, o solo te has asomado a la puerta y has creído verla dormir?

—Yo...

—¡Compuébalo!

Dejó el auricular por segunda vez y trotó con sus chanclas por el pasillo haciendo «tap-tap» a cada paso. Leocadia estaba de los nervios siempre, y solo le faltaba lo de su marido y la biblioteca. ¿Dónde se imaginaba que estaba su tierna Mónica?

En la cama no, desde luego.

Se quedó con la sábana en la mano, boquiabierta, mirando las dos almohadas bien dispuestas para hacer creer que allí sí dormía alguien.

—La muy...

Regresó hasta el teléfono todavía asombrada. Mónica NUNCA haría algo como escaparse de casa en plena noche. Así que eso era cosa de Margarita, que siempre había sido una niña muy rara.

—No está —exhaló sin apenas voz.

—¡Lo sabía! —le perforó de nuevo las dichosas trompas el grito de su amiga—. ¡Huy, como la pille!

—¿A mi hija?

—¡A la mía! ¡Margarita tampoco está en su cama!

—Vaya par —se preocupó aún más Tigridia.

—Oye —el tono de voz de Leocadia cambió—. Sobre eso de los libros que hablamos el otro día... ¿Tu hija aún tiene libros por su habitación?

—Sí.

—¿Los has visto?

—Cuando quito el polvo y...

—¿Has notado algo raro?

—No.

—Vuelve al cuarto de Mónica y mira esos libros. Sobre todo el autor.

—¿Para qué...?

—¡Oh, Tigridia, por favor! ¡Hazlo! ¡Esto es una crisis!

Ah, sí era una crisis.

Por tercera vez trotó hasta la habitación de su hija, ahora más rápida que la segunda y que la primera juntas. Abrió la luz y se acercó a la mesa. Tomó el primer libro que tuvo a mano.

El prado de las flores blancas.

Lo firmaba Mónica Escalope.

Tomó otro, y otro más, y...

Todos estaban firmados por su hija.

Libros viejos, con letras de distintas formas, pero impresas.

—¿Qué significa esto? —frunció el ceño incapaz de comprender nada.

Leocadia la estaba esperando al otro lado del hilo telefónico. Tardó en llegar porque volvió al paso, con la cabeza llena de atropelladas sensaciones.

—¿Leo?

—¿A que son libros viejos, hechos con letras distintas...?

—Y firmados por mi Mónica —concluyó Tigridia.

Las sobrecogió un espeso silencio de compota de ciruelas.

Hasta que Leocadia, que para algo era la mujer del alcalde, tomó de nuevo las riendas del asunto.

—¡Rápido, llama a tu prima Henedina y que te diga si su hijo está en cama y si tiene libros de esos! ¡Yo llamaré a mi vecina Brígida, y a mi cuñada Delfina! ¡No pierdas tiempo, Tigridia!

19

La Plaza Mayor parecía estar en plenas fiestas. Y eso que eran las dos de la madrugada y no había guirnaldas de colores ni el entarimado para las actuaciones ni las banderitas ni nada de nada de nada de lo habitual en fiestas.

Pero medio pueblo estaba allí.

Unos en bata, otras en camisón, unos en zapatillas, otras con lo primero que habían pillado antes de

salir. Todos y todas mirándose estupefactos y alucinados después de la llamada que los había despertado para pedirles que fuesen a las habitaciones de sus retoños y retoñas.

Las teorías eran para todos los gustos.

—¡Los ha raptado una banda internacional de secuestradores!

—¡Ha pasado lo mismo que aquel cuento, el del flautista ese de Hamelin! ¡Yo ya decía que eso de que mi hija estudiara violín no podía ser bueno!

—¡Se han escapado para no soportar la vergüenza de vivir en el pueblo cuya biblioteca tiene los libros vacíos!

—¡Marcianos, han sido los marcianos! ¡Una abducción en masa, como en las películas de extraterrestres!

—¡Habrán ido al pueblo de al lado, a echarles piedras a las gallinas! ¡Los muy gamberros!

Leocadia, que era la que llevaba la voz cantante porque Benjamín seguía medio aplastado por los acontecimientos, levantó uno de los libros de su hija por encima de su cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me decís de esto?

Todas las madres habían encontrado libros en las habitaciones de sus hijos e hijas. Y todos los libros eran viejos, muy viejos, estaban escritos con letras desiguales, aparentemente impresos aunque con dibujos infantiles, y estaban firmados... por ellos y ellas.

El libro que temblaba en lo alto de la mano de Leocadia tenía un hermoso título y una visible firma:

La niña con dos narices

Por

Margarita Eulate

Lo de las «narices» les pareció de lo más simbólico. Y dos.

Empezaron a hablar todos a la vez.

—¡Hay que llamar a la policía!

—¡Y ver si ha pasado igual en otros pueblos!

—¡Mi hija, quiero que vuelva mi hija!

Ante el desmán de los acontecimientos, y a falta del sargento Morales, que no tenía hijos y no estaba presente, Benjamín recordó que, mal que le pesara, seguía siendo el alcalde. Sujetó a su esposa por un brazo, porque de nuevo iba a ponerse al frente de la situación, y se colocó en el centro de todo aquel pandemónium de padres y madres mitad airados, mitad preocupados, mitad sorprendidos, mitad dispuestos a pegarse con quien fuera por «salvar» a sus hijos.

—No nos precipitemos, no nos precipitemos —calmó las furias con las dos manos abiertas hacia abajo en plan contemporizador—. No olvidéis que estamos hablando de niños y niñas pequeños.

—¡Mi hijo tiene trece años! —tronó Oswaldo.

—¡Y la mía siete! —dijo Gaudencia.

—Vale, trece años uno, siete la otra... ¿Y qué? Siguen siendo niños. Y los niños hacen diabluras, ¿lo habéis olvidado? —miró a Práxedes—. ¿Recuerdas cuando nos escapamos en el camión de la fruta porque

queríamos dar la vuelta al mundo? No llegamos más que a diez kilómetros antes de que nos descubrieran, pero fue una aventura. ¡Y teníamos nueve años! Y tú, Orencio, ¿recuerdas cuando construiste aquel globo y tuvieron que rescatarte de lo alto de las torres de la luz? ¡Tenías once años! —paseó una mirada a su alrededor—. Todos y todas hemos hecho cosas así en la niñez. Si solo se hubiese escapado uno o una, o un par... Pero se han ido un montón, más de cincuenta por los que estamos aquí. Ha de haber una respuesta lógica.

—Todo esto empezó con lo de la biblioteca —se escuchó la voz de Digna, que hasta para hacer o decir la cosa más insignificante hacía honor a su nombre.

Miraron al alcalde y al concejal de cultura.

—¡La biblioteca!

Dejaron de mirar al alcalde y al concejal de cultura para mirar en dirección a la callejuela que conducía a la placita de San Casiano.

Y todos a una, sin decir ya ni una sola palabra más, echaron a andar hacia allí.

20

Como al día siguiente era sábado y no tenían que ir a la escuela, aquella noche todos pasaban del reloj dispuestos a aprovechar al máximo su trabajo.

De hecho, ni siquiera se habían dado cuenta de la hora que era.

Por en medio del extraordinario silencio, de vez en cuando se oía una voz queda anunciando algo, proclamando cualquier cosa o respondiendo a otra cuestión.

—¿Has visto los dibujos que le he hecho a mi nuevo libro?

—¿A ver? ¡Qué bonitos!

—¿A que sí?

—Yo es que al mío no sé que dibujos hacerle, porque como va de un espíritu que se sale de una persona y vaga por el Más Allá...

—No le hagas dibujos. No todos los libros llevan ilustraciones. Los de los mayores no están ilustrados.

—Sí, y así parecerá de otro nivel, ¿verdad?

Un pausa y otro comentario cercano.

—¿Ya has resuelto aquella idea que tenías ayer?

—¡Oh, sí, esta tarde! ¡Me ha venido a la cabeza de golpe y... bueno, me he quedado...!

—¡Es una pasada! Cuando de pronto lo ves claro, y es tan sencillo, y estaba ahí y tú no lo veías pero de repente...¡zas!

—Sí, sí. Escribir es tope, pero el instante en que nace la idea y en tu interior ves el libro ya casi hecho...

Más silencio, y nuevas voces.

—Necesito una «Z» mayúscula.

—¿Te va bien ésta?

—Oh, sí, muchas gracias.

—Ya, es que «zetas», «doble uves» y «equis» hay pocas.

—Y que lo digas.

Margarita Eulate ya «escribía» tan rápido que parecía ella sola una linotipia de las de años atrás, con patas y ojos, porque se había enterado de que en el pasado más reciente, antes de que se inventaran los ordenadores, y los procesadores de textos y todo lo que hacía fácil la composición y edición de los libros en la actualidad, existían máquinas llamadas linotipias a las que los linotipistas ponían las letras de una en una, como hacían ella y los demás. Y mucho antes de esas máquinas, los libros se escribían a mano, porque hasta que un señor llamado Gutemberg no inventó lo de la edición de los libros con una imprenta y se pudieron hacer muchas copias de cada uno...

Era apasionante.

En quinientos años, la cultura del mundo había avanzado más que en quinientos millones. Y todo gracias a los libros y a la facilidad de que todo el mundo tuviera acceso a ellos.

Acabó la penúltima página de su nueva obra.

—Es mi mejor novela —suspiró.

Lo notaba. Cuanto más escribía, mejor lo hacía. Un mes antes dudaba por esto y aquello, no sabía si acabar un capítulo así o asá, si hacer que un personaje dijera una cosa u otra. Ahora en cambio...

—La mía también es la mejor que he escrito —cuchicheó a su lado Mónica—. Y ya tengo una idea para la próxima que es genial.

—Nunca hubiera imaginado que fuese tan divertido escribir —intervino en la conversación Elena.

—Ya, porque esto es algo tuyo, quiero decir que te pertenece, que... —Emilia no supo cómo seguir, aunque todas la entendieron.

—Con cada libro, sacamos un poco de nosotras mismas, de nuestro interior, y le damos forma en estas páginas —dijo Margarita—. Es una parte de nuestra propia alma.

—Y un día, dentro de cien o mil años, aunque nos hayamos muerto, esto seguirá aquí, vivo —manifestó Ana.

—Eso será si nuestros libros no van a parar a una biblioteca como la nuestra —se rió Margarita.

Tenía razón, y aunque era una broma, todas se estremecieron con solo pensarlo.

—Bueno, lo que suceda dentro de mil años, a mí... —se encogió de hombros Justa.

—No seas injusta, Justa —se lo recriminó Petra—. Si todo el mundo piensa así, acabaremos contaminando ríos, quemando bosques, agotando el planeta y dejándolo todo hecho una pena, porque total, como ya no lo veremos...

—Es verdad —reconoció Justa—. Lo siento.

—Bueno, va, no nos pongamos profundas —tuvo un temblor Ana.

—¿Sabéis qué es lo malo? —bostezó Luisa—. Tener que escribir de noche, a escondidas.

—Es cierto —la apoyó Claudia—. Yo esta noche me dormía cenando. He estado a punto de tomarme una pastilla para despejarme.

—No lo hagas nunca —la previno Margarita—. Te tomas hoy una pastilla para algo y acabas tomándolas por todo.

—Ya, ya, que no soy tonta.

—Si nuestros padres supieran esto...

Miraron a Elena.

—Les daría un patatús —expandió una sonrisa de maliciosa ironía Mónica en respuesta al comentario de su amiga.

Todas se pusieron a comentar algo de un lado a otro del círculo que formaban mientras escribían.

—No lo entenderían.

—Seguro.

—Dirían que si perdemos el tiempo, que si estamos locas, que si con esto no nos ganaremos el pan el día de mañana, que más estudiar y menos tonterías...

—De entrada ni se lo creerían.

—¿Creérselo? ¿Ellos? ¡Para nada!

—Desde luego, son tan poco IMAGINATIVOS —Emilia remarcó esta última palabra con mucho énfasis.

—Es que viven en su mundo, mujer.

—Y se han olvidado de cuando fueron niños.

—Espero que a mí no se me pase nunca —consideró seriamente esta cuestión Ana—, y que el efecto de la infancia me dure toda la vida.

—¿Quién dijo que hay que mantener vivo al niño que llevamos dentro? —recordó ese tema Justa.

—Un escritor de cuentos infantiles, seguro —se rió Claudia.

Los comentarios volvieron a generalizarse.

—Supongo que ser padre debe ser duro.

—Sí.

—Los pobres, siempre trabajando, y preocupándose por tantas cosas tontas.

—Tontísimas.

Hubo algunas risitas. Luego, una a una, trataron de volver a concentrarse en su trabajo. Hablar ya podían hablar de día. Pero escribir...

Pero esta vez no pudieron hacer mucho más.

El silencio... era distinto.

Muy distinto.

—¿No notáis algo raro? —dijo Petra.

—Sí, como si nos miraran... —levantó la cabeza Luisa con un súbito arranque de miedo.

—Yo ya hace rato que... —frunció el ceño Elena.

Un extraño frío les recorrió la espalda.

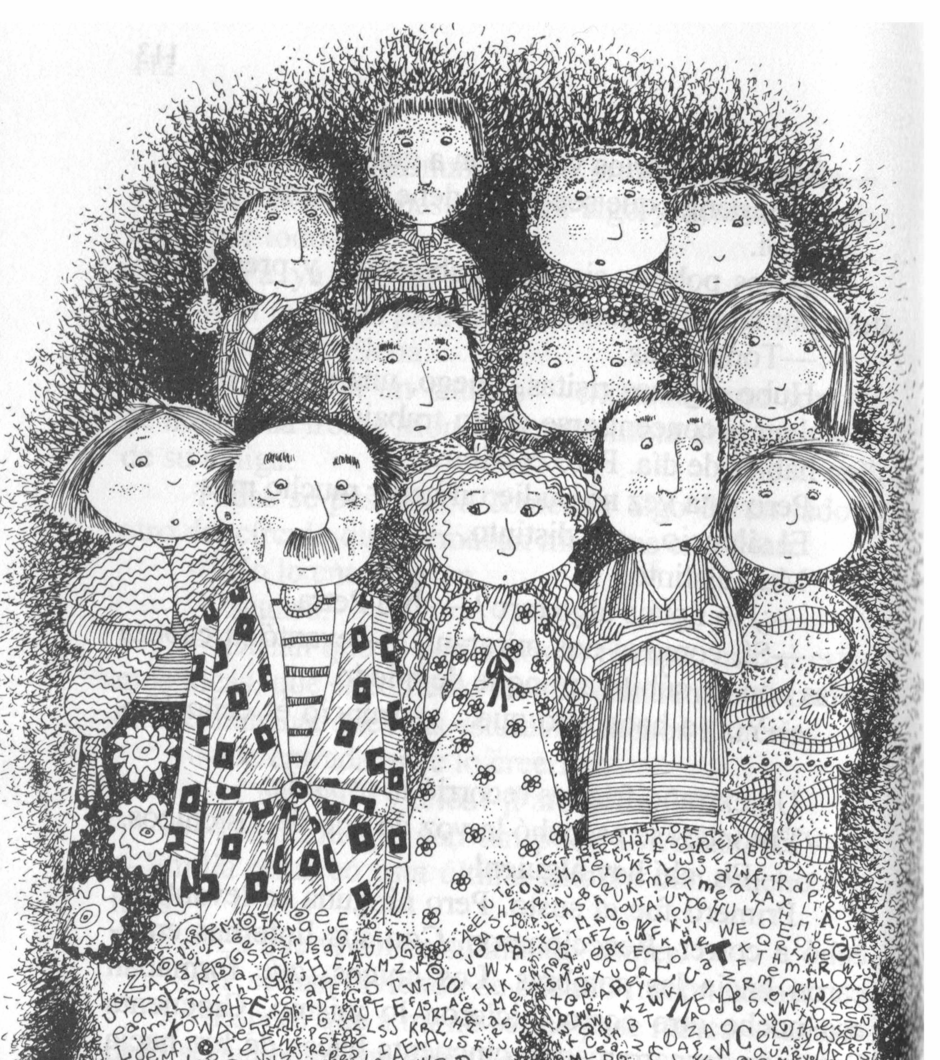
Entonces se escuchó la voz de uno de los chicos.

—¡Eh, ahí hay alguien!

Primero fue el susto. Pero ninguna se levantó ni echó a correr. Reaccionaron. Con sus linternas enfocaron hacia las sombras. Los chicos, que formaban esa noche otro corro, hicieron lo mismo. Cincuenta linternas desparramando cincuenta haces de luz hacia la oscuridad.

Se quedaron mudas ellas y mudos ellos.

Allí estaban sus padres y madres, quietos, estupefactos, boquiabiertos, como estatuas que surgían de las montañas de letras extendidas de cintura o rodilla para abajo.



Y desde luego no acababan de llegar.
Lo habían oído todo.
Aunque en el fondo, eso, ya era lo de menos.

(D)

LOS PREMIOS NOBEL

21

La noche había sido muy, muy, pero que muy agitada.

Gritos, preguntas, culpas, enfados, alivios, sorpresas, reproches, interrogantes, desconciertos, recriminaciones...

Y todos hablando a la vez.

Los padres y madres por un lado. Los hijos e hijas por el otro.

Además, se habían acabado sumando todos los restantes vecinos del pueblo, los que no tenían hijos de aquella edad o los que los tenían mayores, alarmados por la algarada que provenía de la Plaza Mayor, a donde habían ido a parar todos cuando la placita de San Casiano se les hizo pequeña.

Mejor que en las fiestas, ¡todos en pie!

Hasta que alguien había recordado —el sargento Morales, por supuesto, en su insistente afán de querer poner orden cuando todos pasaban de él por una vez—, que eran las tres y pico de la madrugada y que lo mejor que podían hacer era ir a dormir, y al día siguiente... otro gallo cantaría.

Eso había puesto fin, de momento, a las explicaciones de los más pequeños y los gritos de los más mayores.

Ahora, el pueblo volvía a estar reunido, en bloque, en el consistorio de la alcaldía. Unos dentro y otros fuera, pero oyéndolo todo por los altavoces, como el día que había hablado el emérito profesor Acacio Robledal.

Los cincuenta niños y niñas protagonistas de la insólita experiencia, ocupaban el centro de la asamblea. Eran las auténticas estrellas de la tumultuosa sesión.

—¡Silencio! —gritaba en aquel momento Benjamín Eulate, al que le costaba reconocer como jefa de todo aquello a su propia hija Margarita.

Como si no tuviera ya bastantes problemas.

Al día siguiente llegaba el ministro.

Se hizo el silencio.

—¡Se abre la sesión! —clamó el alcalde—. Y ahora... —contempló a las cuatro docenas de más que presuntos culpables—, ¿alguien puede contarnos qué demonios ha estado sucediendo?

Margarita dio un paso al frente.

—Todo fue idea mía —comenzó por admitir la niña—, pero la culpa fue vuestra.

Y los miró a todos con una carita muy seria.

Hubo un murmullo en la sala.

—¿Qué es lo que fue culpa nuestra? —la interrogó su padre en plan inquisidor.

—Cuando tuve la idea, papá —dijo Margarita—, traté de decírtelo, pero estabas tan preocupado

con lo que había pasado, y con lo del anciano de la barba blanca y el bastón, y con todo lo que podía pasar, que no quisiste escucharme. ¡A nosotros nadie nos quiere escuchar nunca!

—Es verdad —dijeron algunas voces de niños y niñas al unísono mirando a sus respectivos padres en tono reprobador.

—No tuve más remedio que poner en práctica mi idea yo sola —siguió Margarita—. Una noche fui a la biblioteca, escribí mi primer libro, y cuando vi que tenía razón me llevé una gran alegría. Pero de nuevo no quisiste oír lo que tenía que decirte, y como es natural, me cansé. Una se cansa de darse golpes contra una pared.

Benjamín Eulate se puso rojo.

Todos los padres y madres de los allí presentes se pusieron rojos.

—Cuando se lo conté a mis amigos y a mis amigas —Margarita abarcó a su pequeño ejército de escritores—, quisieron probar ellos también. Y así fue como empezamos a ir cada noche un par de horas a la biblioteca. No queríamos sacar las letras de allí por si se nos caía una y nos descubríais. ¡Y podéis castigarnos, pero ha sido lo más bonito y emocionante que hemos hecho en la vida! —levantó la voz furiosa y con los ojos chisporroteantes—. Pase lo que pase, tendremos nuestros libros, porque a ellos ya no se les van a caer las letras.

—Eso es lo que no entendemos —manifestó el alcalde alucinado—. A nosotros se nos caen las letras

cuando las ponemos en esos libros. ¿Por qué a vosotros no?

—Porque nosotros «no las ponemos». Nosotros escribimos. Les volvemos a dar vida. Cuando el libro siente una frase que forma parte de una historia, la acepta. Esa es la diferencia. Esos libros se secaron, murieron al no ser leídos, pero podían resucitar. Ya nunca serán *El Quijote*, *Moby Dick* o *El fantasma de la ópera*. Ahora son otros libros con otras historias. Esos libros vacíos eran como... un jardín sin flores. Necesitaban semillas nuevas para que crecieran otra vez. Nosotros hemos poblado sus páginas de nuevos sueños, y ahora vuelven a estar vivos. ¿Acaso no os dijo el señor de la capital que las letras están vivas? ¡Lo están! ¡Han vuelto a servir para escribir otros libros! ¡Hemos creados otras historias para que vivan!

La vehemencia de la oratoria de Margarita los tenía cautivados. Podía ser una niña de diez años, pero tenía un pico de oro. Bueno, como la mayoría de sus hijos, había que reconocerlo.

Cada padre y cada madre de uno o una de los acusados, miró a su retoño con un renovado orgullo.

Una diablura. Nada más.

Y habían hecho algo útil. Muy, muy útil.

E inteligente.

¿Cómo no se les había ocurrido a ellos, que eran mayores y más listos y más de todo, algo tan sencillo?

A Benjamín Eulate le zumbaban los oídos.

Volver a escribir los libros...

—¿Cuantos habéis escrito?



—¡Huf, un montón! —Margarita movió su mano derecha arriba y abajo—. Yo tengo ya veintitrés. Imagínate con todos ellos —señaló a sus «compinches».

Unas horas antes tenían una biblioteca muerta, llena de libros vacíos. Ahora se abría una brecha, un resquicio, por el que entraba un pequeño gran rayo de luz. Tal vez una... solución. El zumbido aumentó.

—¿Podríamos escribir libros... nosotros? —preguntó el alcalde.

El consistorio en pleno y los espectadores enderezaron sus espaldas y se inclinaron hacia adelante.

—No veo por qué no —dijo Margarita—. Si tenéis algo que contar, lo contáis y ya está. No creo que importe mucho que esté bien o mal escrito, que sea bueno o malo. Lo importante es hacerlo. Bueno... eso es lo que dice siempre la profesora de lengua.

La señorita Obdulia se llenó de orgullo al sentirse aludida.

Benjamín Eulate paseó una mirada llena de pasmo, con un punto de esperanza que crecía más y más a cada instante, por las cabezas de todos los presentes.

El pueblo cuya biblioteca se había secado.

—Escuchad —les dijo—. Ya no hay remedio para lo que ha pasado. Mi hija tiene razón: nuestros libros murieron, y es imposible que vuelvan a ser los mismos. Pero si algo nos enseña la historia, y la misma vida, es que «a lo hecho, pecho», y que siempre hay que mirar hacia adelante, porque siempre, siempre, hay una esperanza.

Todos asintieron con la cabeza, entendiendo lo que trataba de decirles su alcalde.

—Podemos superar la vergüenza de lo sucedido con el orgullo de lo que vamos a hacer —proclamó con valiente distinción—. Hemos aprendido una lección, y a eso se le llama experiencia. Nuestros hijos —señaló al grupo de «escritores»— nos han dado esa lección, pero también nos han mostrado un camino. Si lo aprovechamos... ¿Qué me decís?

Primero nadie habló. Luego, una voz.

—A mí siempre me hizo ilusión ser artista.

Y otra.

—Yo antes escribía un diario muy bonito.

Y el resto.

—Yo siempre he querido contar la historia de mi abuelo.

—Y yo un cuento que me inventé siendo niña.

—A mí me encantaría hacer un libro con todas mis recetas de cocina. Todos decís que cocino muy bien, ¿no?

—Pues yo, siendo el jardinero, podría hacer uno de jardinería.

—A mí me va la poesía.

—Yo escribiría las narraciones que me contaba mi abuela y que nunca he olvidado.

—Y yo, como médico, haría un libro de consejos prácticos para que no me llaméis a las tres de la mañana por una tontería. A fin de cuentas conozco lo que os pasa a cada uno.

—Yo tengo una idea muy buena para una novela policiaca —dijo el sargento Morales, y como su mujer le miró incrédula, insistió—: Sí, sí, policiaca. ¡Me en-

cantan las películas de gangsters! ¿Qué te crees, que solo sirvo para poner orden y llevar uniforme?

De pronto, todos tenía «una idea». De pronto, todos habían sentido el gusanillo.

Sus ojos brillaban.

De hecho, la mayoría ya no estaba allí, en la reunión del consistorio, sino pensando en el libro que iban a escribir en cuanto salieran de ella.

Margarita y los demás empezaron a sonreír orgullosos y felices.

22

La comitiva la formaban exactamente siete coches.

Todos muy negros, todos muy solemnes, todos tan serios que hasta los bichos evitaban incrustarse en los parabrisas porque si encima de que se morían lo hacían en aquellos ataúdes andantes...

No iban muy rápido. De hecho, parecían incluso algo perdidos. Se detuvieron en el cruce y debieron consultar los mapas —los cristales eran tan negros como los coches y no se podía ver nada de lo que pasaba dentro—. Finalmente torcieron a la derecha y enfilaron la carretera del pueblo.

Lo divisaron al rebasar el monte del tío Perico.

Desde allí, la estampa era preciosa. La más bonita del mundo.

Los siete coches prosiguieron el camino, serpentearon por las últimas curvas y se adentraron por entre las primeras casas de la villa a marcha aún más lenta. Por lo general, cuando una comitiva así entraba en un lugar, pequeño o grande, lo difícil era progresar. Un enjambre de niños y niñas los rodeaba al instante, gritando, saltando, pegando sus sucias manos en los cristales para atisbar el interior y poniéndolo todo perdido.

Allí no había niños.

—Estarán en la escuela —dijo alguien.

—Es domingo —le recordó alguien más—. Las escuelas cierran en domingo.

—Ah.

Tampoco había mayores.

A nadie se le ocurrió una explicación y todos callaron.

Los siete coches llegaron a la Plaza Mayor. Aparcaron uno al lado del otro y empezaron a bajar personas, hombres y mujeres, elegantes, serios, muy en su papel.

Se notaba en seguida quién era el ministro porque a su alrededor se colocaron media docena de personas. Una le dijo algo, otra le sonrió, una tercera le apartó una piedra del camino, no fuese a pisarla y hacerse daño o tropezar con ella.

—No hay nadie —confirmó la realidad el secretario del ministro.

Esperaron, quietos, solemnes aunque más y más nerviosos. Habían hecho aquello en domingo para evitar la publicidad. Pero cualquiera sabía que en domin-

go a nadie le gusta trabajar. Por muy ministro, secretario de ministro o ayudante de secretario de ministro que se sea.

Y ahora, el pueblo entero estaba vacío.

—Se han ido —dijo alguien.

—Con la vergüenza de lo de la biblioteca, se han largado —afirmó otro.

—Lo que faltaba. Primero teníamos una biblioteca vacía, y ahora un pueblo vacío.

Todos se estremecieron con solo pensarlo.

—¡Eh!

Nada.

—Esto no es serio —volvió a decir alguien.

—Nada serio —le apoyó alguien más.

—Venimos a solucionar «su» problema, en persona, y nos tratan así.

Todos miraron al señor ministro, esperando que dijera algo, pero el señor ministro no estaba para gaitas.

Quería regresar cuanto antes porque el partido de la tarde era muy importante para su equipo. ¡Para un día que no tenían que inaugurar nada!

Porque para eso estaban los ministros, para inaugurar cosas y pronunciar bonitos discursos que les escribían los demás, no para resolver problemas, que para eso estaban los subalternos.

Aquel dichoso caso de la biblioteca muerta...

El señor ministro habló:

—Vamos a la biblioteca —dijo.

Y se encaminaron a la biblioteca, como un solo hombre. No hubo dudas porque cerca de donde esta-

ban vieron un letrero muy viejo que ponía muy clara la dirección con una flechita.

Salieron de la Plaza Mayor, pasaron por la callejuela estrecha que conducía a la placita de San Casiano, y al llegar a la placita se detuvieron frente al edificio de la biblioteca.

Sus puertas estaban abiertas.

El señor ministro tomó la iniciativa. Subió las tres escalinatas y se acercó despacio a la entrada. Según el informe del profesor Acacio Robledal, las letras caídas obstruían esas puertas, y se esparcían a millones, formando montañas, por todo el piso del lugar. Pero ahora, al menos en la entrada, no había letras.

Entró a la biblioteca. Desde fuera no veía nada a causa del sol. Cuando sus ojos se adaptaron a la nueva intensidad, se quedó boquiabierto. A su espalda, el resto de acompañantes, hizo lo mismo.

En primer lugar, las letras habían sido apartadas de la entrada, para que no volaran fuera de la biblioteca. En segundo lugar, habían sido tapadas con plásticos, para asegurar que ninguna corriente de aire traidora las diseminara aún más. En tercer lugar, las estanterías habían sido retiradas, y también los libros, que ahora se amontonaban en perfecto orden al fondo, en lo que parecía ser un almacén. Eso permitía disponer de un mayor espacio para moverse.

Porque todo el pueblo, al menos por la cantidad de gente que había allí dentro, estaba en ese momento en la biblioteca.

Escribiendo. O eso parecía.

—Sopla —dijo el señor ministro.

Bastó esa palabra para que Benjamín Eulate levantara la cabeza, les viera, dejara el libro que estaba escribiendo —una estupenda historia de marcianos verdes—, y se levantara para saludar a su superior y «colega».

—¡Caramba, ministro! —le saludó tan jovial como alegre—. ¿Qué, nos echa una mano y se apunta usted?

23

Todo el pueblo, una vez más, estaba en la Plaza Mayor para despedir al señor ministro y a su comitiva.

Había sido un día perfecto.

El señor ministro se había olvidado del partido de fútbol, había escrito un precioso cuento de una niña con poderes mágicos —demostrando que para algo era el ministro de Cultura—, había comido opíparamente, había vuelto a escribir para terminar su cuento, y ahora, anocheciendo, se disponía a regresar a la capital más feliz que unas campanillas en Navidad.

Todo su séquito estaba igual.

Como que más de uno tenía pensado regresar el siguiente fin de semana.

Sus ojos brillaban con la avidez de los genios recién descubiertos o reencontrados.

Todos tenían historias que, de pronto, querían contar.

Escribir.

—Señor alcalde...

El hombre de la capital le tendió la mano.

—Señor ministro...

—Desde luego —convino el hombre del Gobierno—, no hay explicación científica para lo de las letras caídas, aunque el argumento del profesor Acacio Robledal fuese muy preciso y contundente al respecto. Sin embargo, lo que cuenta es lo que han hecho para solucionarlo. El ejemplo de todo este pueblo y de sus ciudadanos... es más que notable. Pueden sentirse orgullosos.

—En realidad fueron los niños —reconoció Benjamín Eulate—. Si no llega a ser por ellos.

—Son sus hijos. No serían como son si no fuera por sus padres.

Los «hijos» contuvieron una sonrisa maliciosa. Los «padres» se hincharon de orgullo.

—Gracias, señor ministro.

—No, no me las dé. Yo también me siento orgulloso de ustedes. En lugar de quejarse como hace todo el mundo, sacarse el problema de encima y cargárselo a otro, protestar diciendo que la culpa es del Gobierno, y pedir dinero, como si todo fuera un problema económico, ustedes han cogido el toro por los cuernos y... ¡hala!, se han puesto a trabajar. Era «su» problema, y lo han resuelto, sin rendirse, con renovado ímpetu, casi diría que con entusiasmo. ¡Y sin gastar nada!

Todo el séquito asintió con la cabeza ante esa última observación.

—Si es que nos lo estamos pasando bomba —reconoció el alcalde con los ojos brillantes—. Lo difícil será ahora hacer otras cosas.

—Pues eso, que son positivos, sí señor —le palmeó la espalda a Benjamín Eulate—. ¡Qué ejemplo!

—Ya sabe, vuelva cuando quiera. ¡Será por libros vacíos y letras!

—Le tomo la palabra.

Todo el séquito asintió con la cabeza otra vez.

El señor ministro se detuvo frente a la portezuela de su coche oficial, el que iba en el centro de la comitiva de siete coches. Ahora sí, tenían huellas de manos infantiles pringándolo todo, puertas y cristales. Un asco. Las manos de los niños debían ser el foco de atracción de porquería más importante del universo. El agujero negro terráqueo de la mugre. Se resignó. Por una vez no le dolía ni estaba enfadado. Por una vez se iba más contento que unas pascuas de un lugar.

Ni una queja.

Miró a los vecinos del pueblo. Los envidió. Sabía que en cuanto se metiera en el coche y se alejara, todos volverían a la biblioteca, a seguir escribiendo.

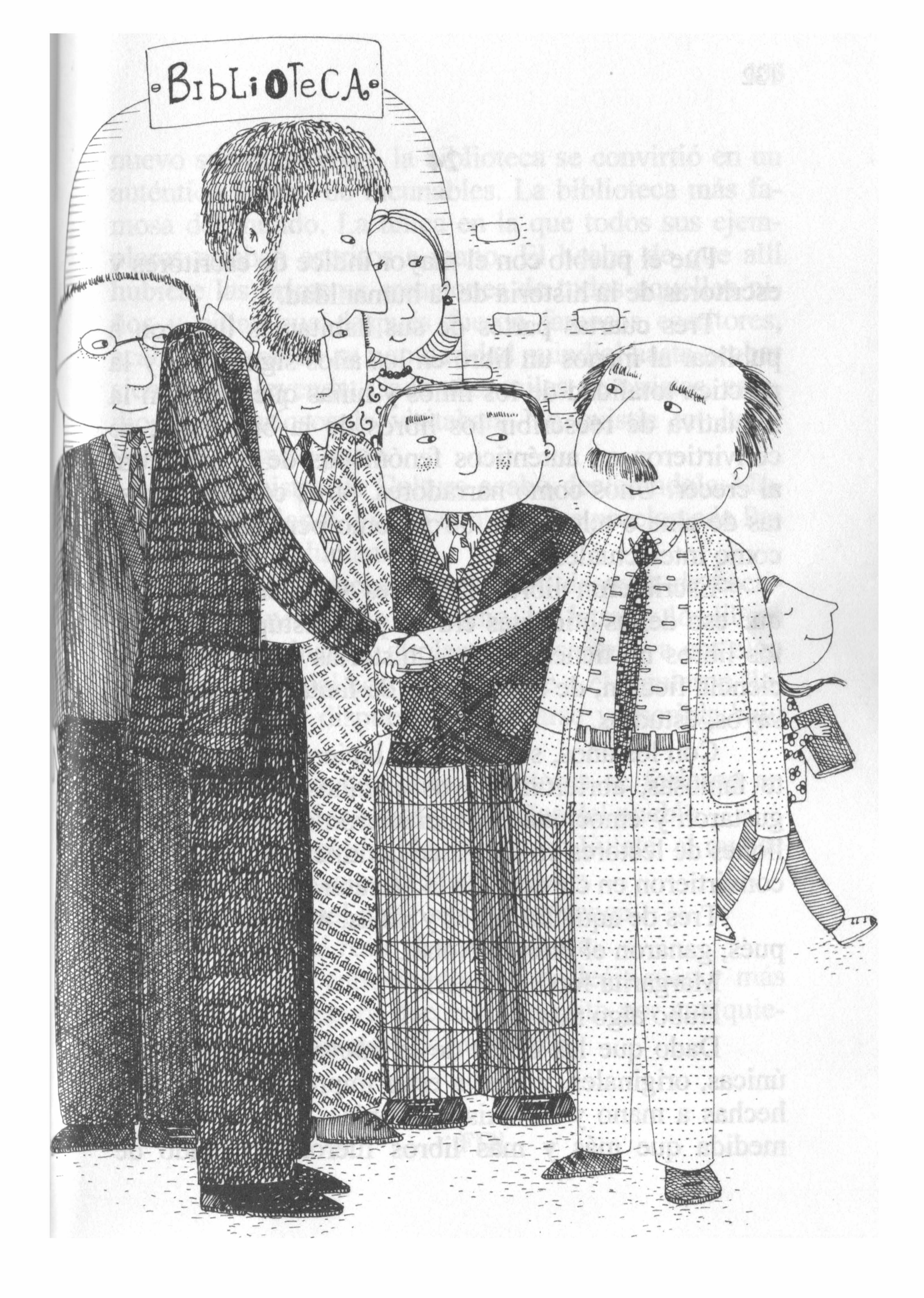
Levantó una mano.

—¡Adiós! —se despidió.

—¡Adiós, señor ministro! —le correspondió el pueblo con entusiástica energía.

El señor ministro entró y se sentó.

—¡Esto es un pueblo! —fue lo último que dijo.


BIBLIOTECA

24

Fue el pueblo con el mayor índice de escritores y escritoras de la historia de la humanidad.

Tres cuartas partes de sus habitantes llegaron a publicar al menos un libro en los años siguientes, y la práctica totalidad de los niños y niñas que tomaron la iniciativa de reescribir los libros de la biblioteca, se convirtieron en auténticos fenómenos de la literatura al crecer. Unos como narradores, otros como guionistas de cine o televisión, otros como pensadores, otros como intelectuales...

Escribieron libros infantiles y juveniles —aunque eso de las etiquetas era un poco estúpido, porque los libros no tienen edad—, historias policiacas o de ciencia ficción, de aventuras o de fantasía, poesía, ensayos, estudios...

Con los años, sus obras se hicieron mundialmente famosas, abrieron nuevos caminos a la narrativa, gustaron y emocionaron, merecieron el elogio de millones de lectores en los cinco continentes. Algunas se convirtieron en clásicos de la literatura.

Tres de aquellos niños y niñas, muchos años después, ganaron el Premio Nobel.

Margarita fue la primera.

Hubo algo más.

Dado que las obras de la nueva biblioteca eran únicas, originales, y pese a estar impresas habían sido hechas a mano y no existían copias, con los años, a medida que más y más libros fueron ocupando de

nuevo sus estanterías, la biblioteca se convirtió en un auténtico museo de incunables. La biblioteca más famosa del mundo. La única en la que todos sus ejemplares estaban escritos a mano. El hecho de que allí hubiese las primeras creaciones de todos aquellos niños y niñas que después fueron famosos escritores, acabó disparando su popularidad mundial hasta acabar siendo una leyenda. Cada año, miles de turistas, estudiosos y curiosos la visitaban. No existía un lugar igual en ninguna parte.

Un ministro de Cultura acabó declarándola Monumento Nacional. Luego también fue proclamada Patrimonio de la Humanidad.

Y cuando mucho, muchísimo después de escribirse los primeros libros a mano, las letras y los libros vacíos se terminaron, el placer de escribir ya era algo tan consubstancial con el lugar, que a él siguieron llegando personas dispuestas a sentarse y escribir bajo aquellos muros.

Así que muchos otros escritores se forjaron en ellos además de los niños y las niñas del pueblo.

Como dijo el alcalde, Benjamín Eulate, al que se levantó una estatua en la Plaza Mayor:

—No hay mal que por bien no venga.

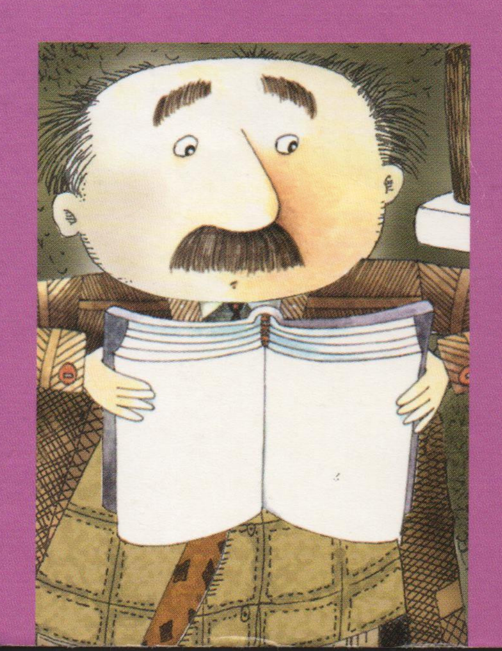
En cuanto al resto de esta historia...

Ya la iréis conociendo cuando leáis más y más libros. Alguno seguro que estará escrito por cualquiera de sus protagonistas. Es inevitable.

Del todo.

FIN

En un pueblo apacible y tranquilo se produce un extraño fenómeno: a los libros de la biblioteca se les caen las letras. ¿Por qué? ¿Cuál es el misterio?. Deberán acudir a un hombre sabio para que descubra la verdad. Pero, mientras esto sucede y crece el susto, los niños del pueblo van a descubrir algo aún más importante que marcará su futuro para siempre.





ISBN: 978-9978-80-635-7